

# El significante vacío de Ernesto Laclau: Seis significados (vinculados) de un concepto clave polisémico<sup>1</sup>

## *The empty signifier of Ernesto Laclau: Six (related) meanings of a key polysemic concept*

*Ostiguy, Pierre\**

---

### Resumen

Este artículo analiza en profundidad el sentido del muy polisémico término “significante vacío”, que juega un rol clave en la teoría política de Ernesto Laclau, particularmente (pero no solo) en la constitución de un “pueblo”. Una lectura exhaustiva de la obra de Laclau revela seis significados relacionados, pero distintos de “significantes vacíos”. Esos sentidos, que conforman tres pares, son: 1) significantes vacíos como significantes de una plenitud (comunitaria) ausente, que apuntan a los límites estructurales de un sistema de significación lingüista y que manifiestan lo real (lacaniano);

---

<sup>1</sup> Este artículo ha sido financiado por el proyecto Fondecyt Regular de Chile, n.º 1231888.

\* Profesor en la Universidad de Valparaíso y doctor en ciencia política por la Universidad de California, Berkeley. Es coeditor del *Oxford Handbook of Populism* y de *Populism in Global Perspective: A Performative and Discursive Approach*. Sobre Ernesto Laclau, ha publicado en español: *Gramáticas plebeyas* y “Exceso, representación y fronteras cruzables: ‘institucionalidad sucia’ o la aporía del populismo en el poder”. pierre.ostiguy@uv.cl

---

Código de referato: SP.331.LX/23  
<http://dx.doi.org/10.22529/sp.2023.60.04>



STUDIA POLITICÆ  Número 60 invierno 2023 pág. 108–153

Recibido: 31/07/2023 | Aceptado: 06/11/2023

Publicada por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales  
de la Universidad Católica de Córdoba, Córdoba, República Argentina.

2) significantes vacíos como significantes de pura negatividad (el inverso del último), que juegan el rol de exterior constitutivo en la conformación de un discurso o para una cadena de equivalencias; 3) el significante vacío como la parte particular (diferencial) tendencialmente vaciada de su significación particular para representar equivalencialmente un todo, como la cadena equivalencial o un sistema discursivo; 4) el significante vacío como nombre o, más exactamente, como nominación performativa, con un nombre que muchas veces aparece *ex nihilo*, que llega a ser el fundamento de la cadena equivalencial y le provee además de una identidad; 5) significantes vacíos como sinónimo de significantes hegemónicos, particularmente en el contexto de prácticas articularias y de lucha por la hegemonía; 6) significantes vacíos como puntos nodales y, desde un ángulo lacaniano, *points de capiton* y significantes-maestros. El artículo justifica conservar los cuatro primeros, que pueden ser ordenados en dos pares, como concepciones de “significantes vacíos”. Se da que el último par está compuesto de términos que se han ofrecido como sinónimos más comprensibles y simples de “significantes vacíos”, tales como “significantes hegemónicos”, puntos nodales, y otros; se descartaron como sinónimos, ya que juegan un papel propio importante –y distinto– en la teoría de Laclau (y en la política y el psicoanálisis en general). Dicho esto, los seis juntos conforman un modelo teórico poderoso y complejo en el cual cada una de esas concepciones juega un rol *funcional*.

El artículo también argumenta en distintos lugares que la noción complementaria de “significante desbordante” rinde analíticamente mucho más que “significante vacío”, para análisis ubicados a un nivel menos abstracto, o sea, que trate situaciones ópticas observables (sin renunciamentos ontológicos). Finalmente, el artículo recuerda el planteo muy claro de Laclau de que el populismo puede ser tanto de izquierda como de derecha. Sugiere también que, por el resolutivo énfasis de Laclau en la indeterminabilidad social, la noción (informal) de *underdog* –sin verdaderos fundamentos en su texto– puede ser un ancla útil, pero insuficiente, para que una cadena equivalencial de lugar a un “pueblo” popular.

**Palabras clave:** Laclau - significante vacío - significante desbordante - populismo

### Abstract

This article analyzes in depth the meaning of the highly polysemic term “empty signifier”, which plays a crucial role in the political theory of Ernesto Laclau, particularly (but not only) in the creation of “a people”. An exhaustive reading of the work of Laclau reveals six--somewhat related--meanings of “empty signifiers”. Those meanings, forming three pairs, are as follows: 1) empty signifiers as signifiers of an absent (communitarian) fullness, which points to the structural limits of a systems of linguistic signification, and which manifest the (Lacanian) Real; 2) empty signifiers as signifiers of pure negativity (the inverse of the first), playing the role of a

constitutive exterior for a chain of equivalence or in the conformation of a discourse; 3) empty signifier as the (differential) particular part tendentially emptied of its particular signification in order to equivalentially represent the whole, i.e., the equivalential chain or a discursive system; 4) the empty signifier as a name or, more precisely, as performative naming—with a name often appearing “ex nihilo” and becoming the foundation of the equivalential chain, granting it a given identity; 5) empty signifier as synonymous with hegemonic signifier, particularly in the context of articulatory practices and the struggle for hegemony; 6) empty signifiers as nodal points and, from a Lacanian standpoint, *points de capiton* and/or master-signifiers. The article justifies retaining the first four, which can then be arranged in two pairs, as conceptions of “empty signifiers”. The last pair happens to be made up of terms that have been offered as simpler and more understandable synonyms for “empty signifiers”, such as “hegemonic signifiers”, nodal points, and others; these are discarded qua synonyms, as they play an important—and distinct—role of their own in the theory of Laclau (and in politics and psychoanalysis in general). That said, the six together actually comprise a complex and powerful theoretical model, in which each of these conceptions plays a *functional* role.

At different points, the article also argues that the complementary notion of “overflowing signifier” is analytically more fruitful than “empty signifier” for analyses located at a less abstract level, dealing with actual ontic situations (without ontological renunciations). Finally, the article recalls Laclau’s very clear claims that populism can be either leftwing or rightwing. It also suggests that, because of Laclau’s resolute emphasis on social indeterminacy, the—not really grounded— notion of “underdog” may be a useful but insufficient anchoring for a chain of equivalences giving rise to a popular “people”.

**Key words:** Laclau - empty signifier – populism - overflowing signifier

El propósito de este artículo es doble. El primero es elucidar y discutir el significado del crucial, pero elusivo y multifacético, “significante vacío”, en la obra de Ernesto Laclau. Esta elección no es menor, ni ontológica ni políticamente, ya que según dos títulos de artículo del mismo Laclau, la “construcción de un ‘pueblo’ es la principal tarea de la política radical” (2006), construcción que se hace posible fundamentalmente vía el “significante vacío”, razón por la cual “los significantes vacíos importan en la política” (1996). Es probablemente en *La razón populista* (2005), su principal obra sobre el populismo, donde más elabora Laclau su “concepto” central. No somos los primeros en intentar dicha tarea (véase Zicman de

Barros, 2023). En contraste con Zicman de Barros, quien elabora cinco usos de “significante vacío”, nosotros, después de una lectura exhaustiva de la obra de Laclau, encontramos seis conceptualizaciones claramente distintas de “significante vacío”, tres de las cuales son idénticas a las tres primeras de Zicman de Barros. Y de esas seis que en distintos momentos Laclau usa, nos quedamos en conclusión con cuatro –y reservamos un nombre distinto para las dos últimas, de modo tal que se eviten confusiones aún mayores.

Si, siguiendo una lógica ciertamente diferencial, esas conceptualizaciones son diferentes, no cabe duda de que tienen también una estrecha relación analítica *entre sí* (así como un funcionamiento similar), lo que da paso lamentablemente a un uso equivalencial. Ese uso equivalencial, por ser práctico y también retóricamente poderoso, es, sin embargo, una notable fuente de confusiones y de tantas veces observadas instancias de diálogos de sordos –en los que se asiente por cortesía– donde se cree hablar de lo mismo, cuando no es así.

Al iniciar este artículo, mi propósito era simplemente hacer llegar en castellano mi tesis desarrollada en “Who Would Identify with an ‘Empty Signifier’? The Relational, Performative Approach to Populism” (Ostiguy, 2021), en la cual se introduce la noción de “significante desbordante”. El significante desbordante, a modo de “enmienda amistosa” a la tesis de Laclau, sirve analíticamente para describir y explicar los procesos de identificación necesarios en cualquier “construcción del pueblo” e identidad política populista (y no solamente popular).<sup>2</sup> Ese significante desbordante, el equivalente del significante vacío como superficie de inscripción, es menos abstracto y formal que dicho “significante vacío”, de ahí nuestro título: “¿Quién se identificaría con un ‘significante vacío’?”. El propósito de aquel texto era también ubicar la tesis de Laclau en un nivel de abstracción medio que permitiera (entre otras cosas) su mayor uso por parte de analistas más cercanos a la política comparada que a la filosofía.

Sin embargo, desde su publicación en *Populism in Global Perspective*, cuyo propósito era articular a nivel teórico y aplicado las tesis de Laclau con el enfoque performativo relacional (Ostiguy, 2017) difundido gracias al *Oxford Handbook of Populism*, dos artículos sobre el tema clave del “significante vacío” en Laclau salieron publicados en el *Journal of Political Ideologies*: uno por Zicman de Barros (2023) y el otro por Felipe Rafael Linden (2023).

---

<sup>2</sup> Una identidad popular puede existir social y culturalmente, sin el toque de “demandas” y sin una politización “populista”, algo más específico y antagónico.

Ambos citan favorablemente sobre ese tema mi texto con Moffitt; pero la lectura que hice de ambas –excelentes– publicaciones me llevó a tener una visión un poco menos positiva de mi propia tesis. Hay una doble razón aquí: mi texto se centraba en la cuestión de la *identificación* (sin duda, un tema absolutamente clave), pero no prestaba suficiente atención teórica al componente lacaniano y, más genéricamente, posmoderno y ontológicamente antifundacional, de los escritos filosóficos de Laclau.<sup>3</sup> En esa misma línea también (sobre el componente lacaniano), Marcelo Nazareno, coordinador de ese número, vio que estaba esquivando la contribución ontológica del pensamiento de Lacan en la teoría de Laclau sobre significantes vacíos. Este trabajo es el producto agradecido de esos disparadores.

En este artículo sobre el significante vacío de Laclau retomo de todos modos y de manera intermitente la discusión del “significante desbordante”, pero situándolo más correctamente aquí en relación con la ontología propiamente laclauiana. Los mismos significantes que tienen el privilegio de transformarse en “vacíos” son, como sabemos, solo “tendencialmente vaciados”; eso implica un *residuo de significado(s)* en esos –hiperpolisémicos, pero *nunca vaciados*– significantes. En ese punto, mi ontología es cercana a la de Linden. Este afirma que es justamente el traspaso que hizo Laclau de la lógica del significante *proposicional* (en discursos), propio del discurso performativo, a la lógica *semiótica* de Saussure (sobre lenguajes), lo que termina ubicándolo en una “impasse insoluble” (Linden, 2023, p. 2). Si esos significados, por una parte, tienen que ser bastante vaciados para ejercer su función discursivamente *performativa*, por otra parte, *no* pueden estar del todo vaciados semánticamente, ya que de ser así obviamente serían “una secuencia de sonidos (...) y el término ‘significante’ mismo llegaría a ser excesivo” (Laclau, 1996, p. 36). Como escribe en *La razón populista*, “un ‘significante sin significado’ (...) solo podría significar ‘ruido’, y, como tal, estaría fuera del sistema de significación” (2005, p. 136).

Llamar a esos famosos “significantes vacíos” “significantes hegemónicos”, como lo recomienda Chantal Mouffe para mayor claridad, no resuelve el problema, pues el logro hegemónico ocurre muy al final de la operación política en la que (en línea con Gramsci) *un sentido bastante definido* se impone sobre otros. Esta alternativa elude la cuestión que tanto acapara la atención y las páginas de Laclau sobre la “imposibilidad estructural de la significación

---

<sup>3</sup> Esa característica está discutida a pleno, de modo desarrollado y convincente, en el texto de Linden (2023), pero desde un ángulo más crítico que el mío aquí.

como tal” (Laclau, 1996, p. 37) y sobre lo “constitutivamente irrepresentable” (2005, p. 136). Se aleja del “anti-descriptivismo radical” de Laclau, de origen lacaniano.

Como segundo propósito de este artículo, el significante desbordante se reubica en su lugar correcto y más modesto en el juego de la relación entre significantes, identificación y significados, central en la política. Dicho esto, el primer propósito y contribución de este artículo es (siguiendo el esfuerzo sistemático al respecto por parte de Zicman de Barros) entender bien y de cerca qué se quiere decir por esa noción central en Laclau de “significante vacío”, ya que esa misma noción es extremadamente polisémica. Como elemento analítico, el “significante vacío” corre el riesgo de volverse tendencialmente vacío. Zicman de Barros (2023) plantea nada menos que *cinco* usos o significados, en Laclau, de la noción de “significante vacío”. En defensa de Laclau, creemos que varios de esos usos están *interrelacionados*. Pero no cabe duda de que, aun siendo analíticamente relacionados, son conceptualmente muy distintos.<sup>4</sup> A pesar de esa extrema polisemia, se propone en este artículo conservar la etiqueta, o significante, “significante vacío” como expresión “paragua” para los varios usos del término, pero especificando el uso intencionado.

Empezando con el artículo pionero de Zicman de Barros (2023), de los cinco usos delineados por él los tres primeros tienen una base sólida e incontestable en los escritos de Laclau. El cuarto es básicamente idéntico a lo que llamo “significante desbordante”; y, si bien Laclau pareciera rechazarlo teóricamente, en la práctica lo usa de manera frecuente. El quinto uso delineado por Zicman de Barros da la impresión de ser una proyección de su propio trabajo doctoral<sup>5</sup> en los escritos de Laclau. Guardemos, pues, sus tres primeros usos, reconocidos ampliamente por los expertos en Laclau; y llamemos más bien semánticamente su cuarto uso, nunca teorizado por Laclau, “significante desbordante”.

---

<sup>4</sup> Recuerdo una conversación en 2018 con Francisco Panizza, donde se preguntaba qué era, al final, un significante vacío, recogiendo dos de los tres primeros significados detallados (en 2023) por Zicman de Barros, más el cuarto nuestro. Preguntaba: “¿Qué es un ‘significante vacío’, al final: ¿una demanda?, ¿el nombre del líder?, ¿o el Otro antagonizado?”. Para académicos a caballo entre teoría política y política comparada, hace mucha diferencia.

<sup>5</sup> Sin duda, Zicman de Barros es muy consciente del estatuto más frágil de dicho quinto “uso”, llamándolo “heterodoxo y lejos de ser consensual” (2023, p. 12).

Luego de una relectura exhaustiva de los numerosos textos de Laclau al respecto, creo que a esos tres primeros usos (muy visibles diferencialmente), faltan nada menos que tres usos más –por lo menos a considerar: uno, derivado directamente de Lacan, sobre el poder performativo de nombrar; un segundo, en línea con lo que propone Mouffe, derivado directamente de Gramsci. Y sumado a esos dos últimos usos de “significante vacío”, no se puede no mencionar, por último, los conceptos lacanianos de *points de capiton* y de cuadro-maestro, lo que Laclau y Žižek rebautizaron para las humanidades como “puntos nodales”, los cuales, a su vez y a veces, se acercan peligrosamente a la noción de significantes vacíos. Eso nos lleva a un total no menor de *seis* usos o conceptualizaciones del llamado “significante vacío”.

Dicho esto, preferimos tener semánticamente aparte, es decir, con otros nombres, a los dos últimos mencionados (así como el cuarto de Zicman de Barros, o sea, nuestro significante desbordante), para evitar así bajo un único rótulo mayor confusión aún. Entonces, restando estos (con otros nombres), habría, *stricto sensu*, cuatro usos “duros” (o concepciones) de “significante vacío”. Reiteramos que, si Laclau establece vínculos teóricos muy sólidos y poderosos entre cada uno de esos seis usos y configura, en cierto modo, un modelo (tanto académico como militante), siguen siendo, sin embargo, significados analíticamente distintos. Para tomar prestado del lenguaje científicizante, conforman elementos distintos de un mismo “modelo” o “lógica”, coherente y complejo.

Laclau, por razones performativas, ha afirmado a menudo que términos *prima facie* diferentes, son lo mismo en última instancia, o sea, son sinónimos, idénticos (véase Ardití, 2010). Si esa retórica permite hacer *rapprochements* entre términos que de otra manera quizá no se harían, el resultado final (en un campo académico donde predomina y se valora la lógica diferencial y no la equivalencial) es un empobrecimiento analítico, particularmente si los conceptos van a significar algo que nos permita distinguir y no solamente encarnar lógicas operativas.<sup>6</sup>

Tercero, creemos que varios de los fascinantes estados y procesos que Laclau menciona y elabora, incluso en *La razón populista*, tales como la falta constitutiva, la ausencia de plenitud comunitaria, los significantes hegemónicos y varios otros, *de ningún modo* se limitan al populismo –por lo menos,

---

<sup>6</sup> Dicho de otra manera, no es porque dos conceptos “funcionan” de la misma manera, es decir, que cumplen la misma función, que son idénticos. Ahí, en cierto modo, Laclau peca de funcionalismo.

ni tal como se entiende comúnmente, ni en la lógica de conjunto formalizada en aquel libro. Laclau trae a colación cuestiones primordiales, que ponen en relación sentidos, lo Real, lo Inexpresable, la búsqueda de plenitud comunitaria y la política. Pero justamente porque son tan importantes, tienen una presencia transversal en cualquier movimiento político que no aspire simplemente a gestionar las cosas tales como son.<sup>7</sup> Creo además que el hecho de que una demanda llegue a simbolizar toda una cadena equivalencial como significante de plenitud ausente no se limita a lo que generalmente se entiende por populismo; abarca de hecho una diversidad de movimientos que no se suelen denominar populistas y que tienen nombres propios bien entendidos (aun si pueden funcionar bajo la misma lógica).<sup>8</sup>

Sin duda, el texto “¿Quién se identificaría con un ‘significante vacío?’” se centraba bastante (pero lejos de únicamente) en el líder, más que en “el pueblo” de por sí. Y es cierto, sin duda, que un punto nodal del populismo es la noción de “pueblo”. Gran parte de la literatura le da una importancia central y muchas veces definitoria al líder en el populismo. De hecho, muchos movimientos populistas se nombran a sí mismos por el nombre del líder: peronismo, chavismo, etc. Pero aun dentro de un enfoque estrictamente laclauiano, el mismo Laclau, primero, enfatiza que no hay pueblo sin significante vacío, y que [el mejor significante vacío] es el nombre del líder. Así que estaría justificado. Y como establecimos, no es solamente el *nombre* del líder que construye o cristaliza un pueblo. Segundo, el mismo Laclau enfatiza que “la necesidad de construir un “pueblo” (...) solo surge cuando (...) objetos parciales dentro de la sociedad son investidos (...) [y] no hay populismo posible sin una investidura efectiva en un objeto parcial” (2005, p. 149). Y ¡qué mejor objeto parcial que un líder!

Ese artículo, que empezó para el autor como un texto sobre populismo –mi especialidad– terminó siendo un largo viaje a los universos muy distintos entre sí de Saussure, de Lacan y del neogramscismo, o sea, de la semántica, del psicoanálisis y del posmodernismo. Ese viaje, tan largo y desafiante como necesario, quizá explica el poco abordaje laclauiano del populismo por parte de la ciencia política, más allá de unas fórmulas simples y bastante parciales tomadas de la obra de Laclau.

---

<sup>7</sup> Uno encuentra estos temas de modo sobresaliente en las canciones de Silvio Rodríguez, en la promesa nacionalista, en la revolución, etc.

<sup>8</sup> Véase nota 6.

## La panacea del “significante vacío”

El problema con el “significante vacío” es que, como *conjunto* o suma de sentidos, termina siendo –filosófica y políticamente– una panacea, lo que provoca en el investigador o el militante (quizá de modo intencionado por parte de Laclau) una sobreinversión catéctica en el término. El riesgo es terminar con una expresión tendencialmente vacía, lo que explicaría en buena parte –en la lógica laclauinana– la catexia invertida en el término.<sup>9</sup> Sin embargo, siguiendo aquí una lógica más diferencialista, cada una de las significaciones de la polisémica expresión *tiene* su coherencia. Como el propio Laclau estaba mucho más entusiasmado por los efectos (reales) que la interacción entre esos diferenciados “significados vacíos” producen, se detuvo poco en el esencial momento analítico diferencial.

Extrañamente, considerando dónde invirtió el grueso de su tinta escribiendo sobre el significativo vacío, la más sucinta definición de dicha expresión dada por el mismo Laclau es la de un significativo que representa (hegemónicamente) relaciones equivalenciales (2005, p. 197). Para la ciencia social, esa definición (correspondiente a la tercera concepción de significativo vacío presentada en este artículo) es muy amena, pero no se condice con el grueso del interés que Laclau pone en el significativo vacío. Es entonces de temer, para la ciencia política convencional, que el punto de partida del significativo vacío (en los dos usos estrechamente relacionados que tanto acaparó a Laclau) es, existencialmente, una cierta condición humana de falta, de ausencia. Esta es, a la vez íntima (de ahí el psicoanálisis) y ontológica (de ahí el grueso del componente filosófico). La política, de tipo gramsciana, llega mucho más “tarde” en el proceso.

### ***I: El “significante vacío” como significativo de la ausente plenitud (comunitaria), que apunta a los límites de la significación lingüística y manifiesta lo Real***

El grueso de los escritos de Ernesto Laclau que tratan del “significante vacío” indubitadamente lo plantea, lo define como un significativo que intenta simbolizar lo que no es plenamente simbolizable: la ausencia de plenitud en la existencia humana y el consecuente deseo (imposible de realizar) de alcanzarla a nivel individual, y de una sociedad reconciliada consigo misma (es decir, sin el antagonismo que atenta a la identidad propia, a llegar a ser plenamente uno) a nivel colectivo.

---

<sup>9</sup> Si la sobre-inversión en lo tendencialmente vacío es potente en política, no podría ser sino nefasto en filosofía.

El psicoanálisis, especialmente en Lacan, divide la psique humana en tres niveles: lo simbólico, expresable vía el lenguaje; el imaginario; y lo que Lacan llama lo Real, el centro de nuestra psique y que los dos otros niveles no logran adecuadamente expresar o representar. De hecho, Lacan enseña que no todo en la vida psíquica del humano es expresable por medio del lenguaje, y que si, por un lado, existen las fantasías del imaginario (y de los sueños), hay un resto inexpresable, lo que Lacan denominó lo Real y Freud, el inconsciente.

En términos lacanianos, el significante vacío sería un significante que, producto de los *límites* del campo simbólico para poder expresarlo todo, deja entrever –por medios metafóricos, metonímicos o hasta sintomáticos– lo Real y se establece como representación terminológica imposible de aquel.

Desde la perspectiva del deseo, este “gap” (o “brecha”) que busca cerrarse, que uno buscar cerrar es, nos dice Laclau, lo que nos mueve, nos propulsa como humanos: “Yo puedo nombrar este gap que interrumpe [mi identidad plena], pero no puedo aprehender conceptualmente el contenido de ese nombre. Ese gap, que se puede nombrar, pero no aprehender conceptualmente, es, exactamente, el lugar del sujeto” (2014a, p. 115, traducción propia), o en mis palabras, más “humanistas”, del humano como sujeto. Es la búsqueda de lo que Freud, a falta de un mejor nombre, llamó *das Ding (the thing)* –y lo que Žižek, de modo juguetón, llamó el “*it*” en el “This is it!” de Coke. Los seres humanos, en su diversidad, le pondrán diferentes nombres, todos más o menos sustitutos. Por eso, en última instancia, el “significante vacío” es un significante de algo, de un *it* que no es expresable.

En vista a eso, ya que el significante vacío tiene la particularidad de significar algo que no es plenamente expresable, está en los límites de la significación lingüística. “Sabemos, a través del psicoanálisis, que lo que no es directamente representable –el inconsciente– solo puede encontrar como modo de representación la subversión del proceso significativo (...) Tratamos de significar los límites de la significación –lo Real, en el sentido lacaniano– y no hay una manera directa de hacerlo, sino a través de la subversión del proceso significativo mismo” (Laclau, 1996, p. 39, traducción propia). El problema no es que el significante vacío sea inexacto, sino que representa algo que es “constitutivamente inalcanzable” (ibid).<sup>10</sup> El término (sonido, letras) “signi-

---

<sup>10</sup> Como escribe Laclau: “Existe un punto, dentro del sistema de significación, que es constitutivamente irrepresentable; (...) pero es un vacío que puede ser significado porque es un vacío *dentro* de la significación (...) [y no] un ‘significante sin significado’...” (2005, p. 136).

ficante” se vacía tendencialmente de su atadura a un significado particular y asume el rol de representar la plenitud ausente.

Las fallas están en ambas direcciones: el término representa más de lo que su sentido particular indica; y lo representado no calza del todo en el significante. Por eso, en cierto modo, el Islam prohíbe tener imágenes de Dios, ya que de ningún modo esas imágenes pueden *adecuadamente* representar figurativamente a Dios. Por lo mismo, el *Beeldenstrom* protestante destruyó iglesias con iconografía católica en el siglo XVI.

El punto de partida aquí se aleja, sin duda, de la ciencia política convencional. En su artículo “Sobre los nombres de Dios”, Laclau no deja lugar a la ambigüedad. Se refiere claramente a la *experiencia* mística como inexpressable en palabras. Nombrar a Dios como tal es imposible; y vía el lenguaje, esa experiencia mística es “radicalmente no representable” (Laclau, 2014a, p. 46). Y “la plenitud [es] lo que está radicalmente faltando” (ibid.)<sup>11</sup>. En mis palabras, el significante vacío apunta a la plenitud, a la comunión con Dios para los ateos (de ahí, no coincidentemente, el título del texto); es más que su contenido particular, para llegar a ser “it” das Ding.

En este punto, conviene citar de manera un poco más extensa a Laclau: “La vida del individuo será la búsqueda en vano de una plenitud de la que va a ser sistemáticamente privado. El objeto que traería esa plenitud última es el más allá del cual el místico afirma tener una experiencia directa” (2014a, pp. 46-47). En “Articulation and the Limits of Metaphors”, Laclau repite lo mismo, en otras palabras: “El significante vacío (...) sería el momento de lo Real —el momento de distorsión de lo Simbólico (...) Eso quiere decir que la representación (distorsionada) de esa condición implica una *sustitución* (...) Y eso es lo que da a la catacrexis su centralidad” (2014a, p. 64). En resumen, tal como expresa en *La razón populista*, la particularidad propia del significante vacío es encarnar una plenitud inalcanzable (2005, p. 95).<sup>12</sup>

Dejemos ahora el reino individual, de lo Real y del anhelo de la imposible plenitud para el individuo (y su distorsionada representación mediante un significante) y pasemos al significante vacío como significante (igualmente imposible) de una *plenitud comunitaria*, muy cercano al anterior, pero más próximo a las ciencias sociales. En “The Death and Resurrection of the Theory of Ideo-

---

<sup>11</sup> “Fullness [is] that which is radically lacking” (Laclau, 2014a, p. 46).

<sup>12</sup> El original en inglés usa la palabra *fullness*, cuya traducción del inglés es “plenitud” y no “totalidad”, como aparece en la versión publicada en castellano.

logy”, Laclau afirma claramente que “los significantes vacíos apuntan a la plenitud ausente de la comunidad” (2014a, p. 24).<sup>13</sup> El autor da dos ejemplos de términos que pasan a tener un rol de significante vacío, de modo a “significar” esa plenitud, vaciándose en el proceso de su sentido semántico estrecho. En *La razón populista*, escribe sobre el significante “justicia”:

El rol semántico de [este] término no es expresar *algún* contenido positivo, sino (...) funcionar como denominaciones de una plenitud que está constitutivamente ausente. Es porque no existe ninguna situación humana en la cual no ocurra algún tipo de injusticia, que “justicia”, como término, tiene sentido. En tanto nombra una *plenitud indiferenciada* [cursivas añadidas] no tiene ningún contenido conceptual en absoluto: no constituye un término *abstracto* sino, en el sentido más estricto, *vacío*. (p. 126)

Revisando la obra de Sorel, Laclau (en “The Death and Resurrection of the Theory of Ideology”) concluye que el término de “grandeza” en Sorel y su opuesto, “decadencia”, no tienen contenidos intrínsecos, sino que el primero es significante vacío de una plenitud de la sociedad (p. 31) y el segundo, de su inverso.

En *La razón populista*, Laclau va a lo fundamental de su tesis, resumiendo lo visto hasta ahora:

Se da la experiencia de una *falta*, de una brecha que ha surgido en la continuidad armoniosa de lo social. Hay una *plenitud de la comunidad* [cursivas añadidas] que está ausente. Esto es decisivo: la construcción del ‘pueblo’ va a ser el intento de dar un nombre a esa plenitud ausente. (p. 112-113)

Ahora, con la adición de la cadena equivalencial, “la identidad popular expresa/constituye –a través de la equivalencia de una pluralidad de demandas insatisfechas– la *plenitud de la comunidad* [cursivas añadidas] que es negada y, como tal, permanece inalcanzable; una plenitud vacía, si se quiere” (p. 137). Aquí –y de ahí la tesis sobre populismo– el nombre de esa plenitud ausente va a ser “el pueblo” y la identidad correspondiente a ese pueblo (y no significantes tales como “libertad” o “justicia”).

De todos modos, sea cual sea dicho nombre, el éxito político será producto de una investidura hegemónica (introduce aquí el concepto de hegemonía)

---

<sup>13</sup> “The empty signifiers point to the absent fullness of the community” (2014a, p. 24).

en dicho significante vacío, que actúa *como* la encarnación histórica de dicha plenitud. Escribe Laclau que el significante vacío, como:

objeto de la investidura hegemónica, no constituye un segundón respecto de la cosa *real*, que sería una sociedad *totalmente reconciliada* [cursivas añadidas] (...): es simplemente *el nombre que recibe la plenitud dentro de un determinado horizonte histórico* [cursivas añadidas], que como objeto parcial de una investidura hegemónica no es un *ersatz*, but the rallying point of passionate attachments. (p. 149)<sup>14</sup>

Se entiende (aun si no es muy común en ciencia política) la conceptualización del significante vacío como significante de una plenitud ausente, semejante a la experiencia mística, así como de una (relacionada) utópica comunidad “reconciliada consigo misma”. Ahora bien, dentro de la conceptualización de “significante vacío” tratada en esta sección, Laclau introduce una tercera variación bastante problemática. Básicamente, Laclau traslada esa *misma* lógica vista en el psicoanálisis lacaniano (entre lo simbólico y lo Real), a la semántica de Saussure, que él critica desde el posmodernismo. Las palabras que usa son esencialmente idénticas a las que hemos visto, pero el sentido es –por lo menos– problemático y críptico. Linden (2023) tiene razón cuando escribe que el origen del problema está en confundir discurso (el tema de Laclau y de muchos otros) y *lenguaje*, en su dimensión semántica. Un *lenguaje*, dice Laclau (y ahí se dirige a Saussure), no tendría sistematicidad sin una exclusión radical que conforma su exterior constitutivo. Esta afirmación, a nuestro criterio, tiene mucho sentido para un *discurso* dado, pero no logra tener sentido para una lengua o un lenguaje.

Se entiende la lógica de esa afirmación de Laclau, pero se nos escapa su sentido: un lenguaje es un sistema de diferencias relacionales, y cada término se entiende a través del dominio de la *totalidad* del lenguaje (véase Laclau, 1996, p. 37); pero, como es un sistema (simbólico-lingüístico), es una totalidad que, según Laclau, tendría su límite (sistémico), su frontera, y por definición habría entonces algo más allá de ese sistema, que, por ser excluido, le daría carácter de sistema (y entonces sentido a cada término) al lenguaje. Como no pueden

---

<sup>14</sup> Puse el final de la cita en inglés porque me parece que la traducción en castellano “punto de partida de adhesiones profundas” no rinde bien el sentido original de “rallying point” y de “passionate attachment”, más cercanos al club de fútbol del cual uno es un hincha apasionado (“¿de qué sos?”) que de un “punto de partida” y de “adhesiones profundas” (como lo sería la adhesión al universo cognitivo del marxismo).

ser significadas (ya que están afuera del lenguaje dado), no pueden ser significadas como palabras; pero se mostrarían “como una interrupción del proceso de significación” (ibid.). El lenguaje presupondría una “exclusión radical: el límite exclusionario” (1996, p. 38). “Si la sistemicidad (*systematicity*) de un sistema es el resultado directo de un límite exclusionario, es solamente la exclusión que funda (*grounds*) el sistema como tal” (ibid.). Aun si lo anterior es lógico, no tiene mucho sentido para un lenguaje. Sí, para un discurso dado; no, para un lenguaje, a la Saussure. Primero, ahí no se requiere la presencia de un Real (lacaniano) como interruptor de sentido para que haya un lenguaje. El lenguaje, por definición, es un sistema simbólico. ¿Qué es, entonces, lo que está radicalmente excluido? ¿Otro lenguaje? ¿Otras palabras o significantes de otro lenguaje? La afirmación, sí, funciona para discursos que tienen “competidores” (y de ahí, la lucha por la hegemonía), pero no (hasta nueva noticia) para un lenguaje. Una cosa es el deslice de sentidos o polisemia radical de Derrida, entendible; lo otro es ese muy misterioso “excluido”, esa “exclusión radical” que fundaría el sistema lingüístico (“the ground and condition of all differences”) como sistema constituido. “La sistematicidad del sistema se representa a través del significante vacío” (p. 39), es decir, “un significante es vaciado para asumir la función representativa [del sistema, pero será] siempre constitutivamente inadecuado” (p. 40). Misterioso, sin duda, para un lenguaje como el castellano, el inglés o el quechua. Para un discurso, sí es posible que un significante actúe como punto nodal que ancla el sistema.

El argumento en el libro anterior *Hegemonía y estrategia socialista*, sobre los discursos, era mucho más convincente y claro en su significado. Los elementos de un discurso nunca están fijados del todo. Cada discurso tiene limitaciones, un exterior que cumple un rol en constituirlo como totalidad. Este “exterior está constituido por otros discursos” (1985, p. 150, nota 20) que lo hacen vulnerable, pero frente a los cuales se “des-disputan” (*decontest*) sus significantes y le dan la apariencia de sutura (véase también Freeden, 1996). Y cada discurso aparentemente cerrado tiene sus puntos nodales. Como ejemplo, un discurso liberal que usa el término “libertad” se sutura en relación antagónica con otros discursos, por ejemplo, uno socialista que utiliza dicha palabra de un modo muy diferente. Pero todo eso tiene que ver con significantes flotantes y luchas por la hegemonía (ver abajo), y no con significantes vacíos que expresarían la imposibilidad y necesidad de la sistematicidad de un sistema, a veces asociado a un “pure Being”. Nos parece mejor descartar simplemente, hasta nuevo aviso, este tercer significado de significante vacío, dentro de esa primera aceptación, aceptada, de expresión (siempre incompleta) de una totalidad, de representación y connotación de una plenitud inalcanzable, pero querida y deseada.

La noción de significativo desbordante no tiene la “profundidad” filosófica y psicoanalítica del significativo vacío de esta primera conceptualización –por lo menos, no por definición. En contraste, se ubica, en un nivel borroso entre lo ontológico y lo óptico. Los significantes desbordantes tienen que ver con la cuestión de los *appeals*, que es una forma más prosaica de referirse a deseos tendientes a la plenitud –generalmente– comunitaria. El significativo desbordante no representa de por sí una ausencia radical de plenitud o de comunidad reconciliada; pero tampoco es una mera diferencia (como se observa comúnmente en los programas de partidos). Más que hablar de significantes de sentido “parcialmente vaciados” de modo a representar una plenitud, planteo más modestamente significantes tan polisémicos que no tienen un sentido o una connotación fija (dando lugar a los juegos hegemónicos), ni la buscan (muy al contrario), pero *sí* involucran el deseo hacia algo que quizás sería exagerado llamar plenitud.

Uno se deshace aquí del *split* o dualidad característica de Laclau (un sentido particular tendencialmente vaciado; una sustitución para la plenitud), guardando ontológicamente unicidad, pero multiplicada connotativamente casi –pero nunca– al infinito. Lo que se multiplican aquí son los rasgos diferenciales que *se le atribuye* por parte de los sujetos, por razones psicoanalíticas o simplemente políticas en la escena pública. No se plantea aquí una significación de lo radicalmente ausente, de lo estructuralmente imposible, o sea, una distorsión radical del signo, sino más bien un *florecimiento radical* de elementos diferenciales (que nunca pierden o ven vaciarse su carácter diferencial) que *forman entre sí una cadena equivalencial*. Para dar un ejemplo concreto, en algún momento se podía decir que adherir a Perón era ser nacional, popular, militante, antiinglés, antinorteamericano, ruidoso, amante del bombo, negro, informal (chabacano), macho, etc. Desde la antropología estructural, era posible extender casi al infinito una serie de adjetivos y rasgos que guardaban entre sí su coherencia situada a nivel de cadena equivalencial y que mantenían un antagonismo (lejos de ser vacío) frente al adjetivo o referente *inverso*. No es estrictamente una cuestión de polisemia, ni de significantes flotantes, sino de expansión –vía la *imaginación anclada*– en el territorio de rasgos que son a la vez diferenciales (en lo que indican) y equivalentes (por ser atractivos o rasgos del peronismo).

Se invierte aquí en cierto modo el esquema laclauiano. En este, las demandas son lo más cercano a un *ground*, óptico (es decir, “reales y particulares”), y es solamente a través de la cadena equivalencial que se empieza a simbolizar (de modo incompleto y distorsionado) la plenitud ausente, vía el significativo

vacío. En el significante desbordante, el significante es catectado; y justo por esa catexis, atrae, multiplica “los panes”, es decir, hace proliferar los significados diferenciales puestos en equivalencia.

Los significantes desbordantes le dan, entonces, a la *agencia* de los sujetos, así como a la dimensión lacaniana de lo imaginario, una importancia que no tienen en el modelo de Laclau. Relacionado con esto, los significantes desbordantes pueden dar lugar a un componente lúdico (siempre vinculado al goce) inexistente en *La razón populista* de Laclau.

## ***II. El significante vacío como significante de pura negatividad***

La conceptualización del significante vacío como representación (siempre incompleta) de *pura negatividad* no es más, en cierto modo, que la *inversión* de la conceptualización anterior. Por eso, argumentamos que las conceptualizaciones o usos I y II forman una “pareja siamesa”.

En el muy famoso gráfico de la página 164 de *La razón populista*, Z (zarismo) es lo que representa equivalencialmente a la pura negatividad.<sup>15</sup> Por la oposición frontal que provoca y aglutina, Z es fundamental en la creación de comunidad, de pueblo. Lo que está del otro lado de la frontera “–ese poder represivo– cuenta menos como instrumento de una represión diferencial particular y expresa *pura anticomunidad*, puro mal y negación” (1996, p. 42, traducción propia). Este significante vacío negativo llega a posibilitar, mediante la negativa, “la idea pura de una plenitud comunitaria que es ausente –como resultado de la presencia de su poder represivo–” (ibid.). Laclau retoma el mismo punto en *La razón populista*: “El ejemplo que teníamos en mente era el de un régimen opresivo –el zarismo– separado por una frontera política de las demandas de la mayoría de los sectores de la sociedad (...) Todas ellas son equivalentes entre sí en su oposición común al régimen opresivo (esto es lo que representa el semicírculo superior)” (p. 165).<sup>16</sup> Un ejemplo cercano, en tiempo y geografía, sería el término “lucro” en Chile durante las protestas masivas del 2011. Este uso de la negatividad está muy en línea, sin duda, con el énfasis maniqueo que, según Cas Mudde (2004: 544), es definitorio del populismo.

<sup>15</sup> En realidad, este famoso gráfico aparece por primera vez al final del libro de debate *Contingency, Hegemony, Universality* (2000, p. 303). El gráfico es inspirado por Rosa Luxemburgo, sobre la formación de una voluntad colectiva.

<sup>16</sup> Lenin formula una tesis similar (por no decir la misma) en *¿Qué hacer?*, también con relación al zarismo.

Ese significativo tendencialmente vaciado, donde un poder (particular) concreto catectado negativamente actúa para representar y simbolizar el mal como tal, condensa y cristaliza la cadena equivalencial. Para dar otro ejemplo, sin Somoza en los setenta, paradójicamente no hay “un pueblo” nicaragüense. El “neoliberalismo” en muchos países –y especialmente en Chile– más allá de sus particularidades específicas (e. g., el libre intercambio), básicamente es “la razón de todo el mal” comunitario, del impedimento comunitario. Es decir, termina representando algo más grande que su definición estricta, condensando una cadena equivalencial de demandas y “explicando” por demás el malestar general, el sufrimiento, la falta de plenitud (a nivel personal) y la ausencia de plenitud comunitaria (a nivel país). Luchar en contra del “lucro”, o para la “liberación”, son prácticamente sinónimos a nivel de significativo vacío laclauiano.

Desde un punto de vista más filosófico, la negatividad juega como nombre inverso de la plenitud, muy *ausente*. En “Why do Empty Signifiers Matter in Politics?”, Laclau (1996) escribe:

Esa pura función equivalencial representando la plenitud ausente (...) es algo que no puede tener un significado propio [pues en ese caso sería una diferencia más, un “asunto más”] (...) Precisamente porque la comunidad como tal no es un espacio puramente diferencial de una identidad objetiva sino una plenitud ausente, no puede tener una forma de representación propia y tiene que tomar prestado (...) un significativo (...) como significativo de la falta, de la ausencia de totalidad. (p. 42)

Esa negatividad es importante también a nivel de consistencia o coherencia discursiva (más que del lenguaje), como lo analizamos en la sección anterior. Lo que está del otro lado de la frontera

...está reducido a pura negatividad, o sea, a la amenaza pura que lo que está “más allá” hace al sistema (constituyéndolo de esa manera). Si esta exclusión fuese eliminada o debilitada, lo que ocurriría es que el carácter diferencial del “más allá” se impondría y, como resultado, los límites del sistema se pondrían borrosos. Solamente si el más allá llega a ser el significativo de amenaza pura, de pura negatividad, de lo simplemente excluido puede haber límites y sistema. (...) [Esos rasgos] excluidos [forman] una cadena equivalencial frente a ese algo que el sistema demoniza para significarse a sí mismo. (1996, pp. 38-39)

La sistematicidad del discurso, su coherencia y hasta su intransigencia son solamente posibles vía el antagonismo que radicaliza ciertas exclusiones (este rasgo es muy obvio, por ejemplo, en los escritos de Lenin). Por ejemplo, es de un cierto modo la “amenaza roja” y el anticomunismo lo que definió la “libertad” defendida por Estados Unidos. Sabemos lo que es la libertad en Estados Unidos (en cierto modo) gracias a la Unión Soviética y “el comunismo” –que actúan equivalencialmente a la “tiranía antilibertad” de Jorge III dos siglos antes.

En resumen, esta concepción del significante vacío como representación de pura negatividad opera como espejo inverso de la anterior en los tres niveles analizados en la sección precedente. 1) Actúa como motivador de comportamiento personal, donde lo opuesto de la –anhelada– experiencia de plenitud, tal como la disposición a la autoanihilación, actúa para erradicar –para siempre– esa encarnación particular del mal, de modo a conseguir la plenitud comunitaria. Ahí están los kamikazes (“viento divino”), los militantes del Hamás que se hacen explotar en Israel, los guerrilleros dispuestos a la muerte, los mártires, etc. –envueltos generalmente de poesía.<sup>17</sup> Esa motivación es tan poderosa como la anterior. 2) Actúa a nivel colectivo, en donde el derrocamiento del dictador, el fin de la ocupación y de la humillación sionista o del *apartheid*, entre otros, permitirá “por fin” el surgimiento de la comunidad plena. 3) Y actúa, como lo acabamos de ver, a nivel de coherencia discursiva.

Finalmente, lo que planteamos sobre “significantes desbordantes” en la sección anterior se aplica del mismo modo, pero a la inversa, en esta versión *negativa*<sup>18</sup>. Menos potente que “¡socialismo o muerte!”, esos *appeals*, esta vez negativos, apuntan al miedo o a la desconfianza (y a veces el asco), como en la frase política “los une el espanto”. Ahí también está la posibilidad –con imaginación– de florecimiento radical de adjetivos negativos diferenciales sobre lo que está del otro lado de la frontera. Se observa por ejemplo en Argentina en la equivalencia entre gorila, oligarca, cipayo y tibio; o al revés, entre negro, bestia, peronista, bostero, patotero, etc. (véase Ostiguy, 2009,

<sup>17</sup> Esas invocaciones a la autoanihilación para la erradicación de lo que encarna (en su particularidad) la *pura negatividad* anticomunitaria no pueden sino estar envueltas de poesía, para ese heroísmo que se auto-sacrifica. Se observa, por ejemplo, en las canciones de Silvio sobre la muerte o en la poesía en la lucha islámica a los mártires.

<sup>18</sup> Por ejemplo, sobre significación desbordante, la introducción del sistema métrico en Canadá en los años 1970 fue percibida por varios en el oeste del país como una amenaza comunista que atentaba a la propia identidad del país norteamericano.

Figura 3). Si bien cada término guarda su particularidad, lo que importa políticamente es la equivalencia. Una equivalencia a veces muy desbordante.

### ***III. El significativo vacío como la parte (diferencial), tendencialmente vaciada, que llega a representar equivalencialmente el todo***

El significativo vacío entendido como la parte, el elemento o el momento diferencial que llega a ser “el todo” y que representa el conjunto de la cadena equivalencial a través del vaciamiento tendencial de su significado particular es, sin duda, el sentido más común que se le da en la literatura al significativo vacío de Laclau. Si estuviese obligado a elegir a uno solo de los seis usos aquí analizados “a nombre de Laclau”, diría que es este. Paradójicamente, no es a esta conceptualización a la que más líneas le dedicó el mismo Laclau. Su mayor aceptación y uso en la literatura posiblemente se deben a que es más cercana a las preocupaciones y al lenguaje de las ciencias sociales que las dos anteriores, más “existenciales”, filosóficas y psicoanalíticas.

Un problema fundamental en esta concepción, particularmente para los que no solo hacen filosofía, es si se circunscribe (como lo hace explícitamente el título que le dimos a esta conceptualización) a una *demanda* (tal como aparece también en el famoso gráfico mencionado de Laclau, con la D1) o si puede incluir también el nombre del *líder*, como lo escribe claramente Laclau en otros pasajes, quien sin duda *no es una demanda particular* vaciada tendencialmente de su contenido particular. Laclau lleva a cabo un truco de ilusionista para justificar esta inclusión, haciendo hincapié en lo *singular* (que es cualquier demanda particular). En *La razón populista* escribe: “De esta manera casi imperceptible, la lógica de la equivalencia conduce a la singularidad, y ésta, a la identificación del grupo con el nombre del líder” (2005, p. 130). Pero una persona humana (que yo sepa) *no es* (salvo con un enorme estiramiento conceptual) una demanda –a menos que se exija su liberación de la cárcel– y menos aún una demanda específica. El nombre del líder es formalmente *externo* a la cadena equivalencial de demandas eso es, después de todo, la base de la política, que un líder representa demandas. El hecho de que el nombre del líder como significativo vacío pueda llegar a encarnar la cadena equivalencial, a cristalizarla, *no quita* que ese nombre particular no forma parte de la cadena equivalencial de demandas. Que el nombre de una persona llegue a ser significativo vacío –lo que no solamente es muy posible, sino que ocurre a menudo– solo es posible (y justificable, en un razonamiento lógico) dentro del uso de significativo vacío detallado en la próxima sección, no en esta. Que al final del día la demanda o el nombre del líder tengan

la misma *función* no quiere decir que sean epistemológicamente lo mismo.<sup>19</sup> Hay aquí una brecha demasiado grande entre, por una parte, la lógica formal que Laclau hace en base a su concepción ontológica del discurso (cuyo punto de partida para Laclau es, Saussure) y por otra, la diferencia –más que fundamental para *cualquier* persona que hace ciencia social– entre demandas sociales y liderazgos políticos, aún muy catectados. En la primera instancia solo pueden existir 1) elementos diferenciales, 2) un sistema (lingüístico o discursivo) y 3) (algo misterioso para nosotros si se trata de lenguaje a la Saussure) un significante vacío que expresaría el límite del sistema. Ahí *solamente* importa que un elemento diferencial del sistema llegue a expresar su sistematicidad. Poco y nada tiene que ver que sea ónticamente una demanda, un líder, un opresor, etc. Pero en el segundo caso, es incoherente insistir tanto sobre una demanda (un elemento diferencial de la cadena) que se convierte en “significante vacío”, cuando el mejor significante vacío sería, nos dice, una “individualidad”, “el nombre del líder” (2005, p. 130). Que se invierta catécticamente en el nombre del líder no tiene nada que ver con una demanda particular vaciada.

El deslizamiento citado arriba (Laclau, 2005, p. 130) va de demanda a singularidad; de singularidad a nombre; y de nombre a nombre del líder. Pero el significante vacío en esta concepción ¿tiene que ser un elemento particular vaciado de la cadena equivalencial o no? Esa debilidad lógica tiene muchas consecuencias, tanto para la ciencia política como para el populismo en particular, ya que hay un debate importante acerca de si el líder ocupa un rol central o no necesariamente en el populismo.<sup>20</sup> Y ese debate no es solamente óntico, como lo estamos viendo en esta sección.

Si uno se pregunta por qué una demanda más que otra llega a significar *das Ding* (“esa cosa”), la respuesta de Laclau convence: no es puramente contingente, sino que tiene que ver con la desigualdad (*unevenness*) de lo social (1996, p. 43). Pues escribe: “Si es cierto que la lógica equivalencial tiende a

---

<sup>19</sup> Laclau siempre se demarcó del análisis funcionalista y del funcionalismo en general. Sería entonces un error leer la obra de Laclau en clave funcionalista.

<sup>20</sup> Sobre ese debate central están, por un lado, los enfoques –muy diferentes entre sí– de Kurt Weyland (estratégico), que Laclau rechazaría por estar fundado en la “manipulación” y la “sugestión” (2005, p. 129) y de Pierre Ostiguy (relacional, pero incluyendo por definición al líder en esa relación); y por otra parte, la ideacional de Cas Mudde y un enfoque sociológico más viejo centrado en la economía política de América Latina (1930-1960), por otro.

abolir la pertinencia de toda ubicación diferencial, sigue siendo solamente un movimiento tendencial resistido por la lógica de la diferencia, que es esencialmente no-igualitaria” (ibid., traducción propia). Luego afirma: “La relación por la cual un contenido particular se transforma en el significante de una plenitud comunitaria ausente es exactamente lo que llamamos relación hegemónica” (ibid.). Como excelentísimo resumen de su teoría, salta a la vista el aspecto sistémico y dinámico del modelo de Laclau. Es decir, ese pasaje que expresa la Concepción III (“un contenido particular se transforma en”) apunta *también* directamente a la plenitud comunitaria ausente (véase sentido I) y, ahora, a la hegemonía, sobre la que a nivel político nos centraremos pronto (como *otra* conceptualización del significante vacío). El modelo, se podría decir, es uno solo. “Significante vacío” opera para Laclau como si su *sentido* fuese único, mientras que en realidad apunta claramente a *diferentes funciones y relaciones*, operando analíticamente de modo fuerte entre sí, pero con “significados” manifiestamente bastante distintos. La unicidad poderosa del modelo no logra –y no tendría que querer– esconder la multiplicidad de sus partes, muchas de ellas llamadas por el mismo nombre: “significante vacío”.

Las tres conceptualizaciones o usos del significante vacío analizadas hasta ahora son las mismas (aun si no en el mismo orden) que las tres primeras que Zicman de Barros (2023) releva. A partir de aquí, los caminos bifurcan.

#### **IV. El significante vacío como nombre performativo, ex nihilo: –el líder y las banderas–**

Muy vinculada a la conceptualización anterior en la cual una parte “vacía” llega a representar el todo, tenemos ahora la concepción del significante vacío como nominación (*naming*), discursiva performativa, que mantiene (equivalencialmente) unido a un conjunto de elementos heterogéneos. Afirma Laclau en *La razón populista*: “Yo he hablado del *nombre* llegando a ser el fundamento (*ground*) de la cosa”.<sup>21</sup> Pero aquí, entonces, tenemos una vuelta ontológica espectacular, frente a la versión anterior cuyo fundamento (*ground*) último eran claramente las demandas.<sup>22</sup>

---

<sup>21</sup> Traducción mía del original, en inglés. La traducción oficial dice: “Nos hemos referido al *nombre* como tornándose el fundamento de la cosa” (2005, p. 131).

<sup>22</sup> Extrañamente, esa conceptualización no figura en el artículo de Zicman de Barros, a pesar de la centralidad que le otorga el propio Laclau, particularmente (pero no solo) a nivel ontológico.

Esta tensión, de hecho, permea muchos análisis de discurso de la escuela de Essex, en Europa. En su versión más “discursivista”, la nominación *—crea*, lo que permite desmerecer o restar valor (como en el caso del populismo de derecha en Europa) a las demandas y las cadenas equivalenciales, el corazón de la conceptualización anterior. En esa línea, la política llega a ser un “juego competitivo de ‘lavados de cerebro’”, por ponerlo así. Pero por otra parte, si toda la lógica laclauiana se construye desde las mismas demandas “hacia arriba”, como hemos visto hasta ahora, esta conceptualización aparece como inesperada (como *un cheveu sur la soupe*), sobre todo ontológicamente: el *deus ex machina* del nombre.<sup>23</sup>

Esa concepción del nombre del significante vacío como pura nominación, del nombre como *ground*, tiene un origen althusseriano, con su concepto clave de interpelación en la constitución de sujetos.<sup>24</sup> Laclau da al estructuralismo de Althusser una vuelta posmoderna, escribiendo: “[El discurso] intenta operar *performativamente* dentro de una realidad social que es (...) heterogénea y fluctuante” (2005, p. 151). Luego viene la frase absolutamente clave para esta conceptualización:

Encarnar algo solo puede significar dar un *nombre* a lo que está siendo encarnado; pero como lo que está siendo encarnado es una plenitud imposible, algo que carece de una consistencia independiente propia, la entidad “encarnadora” se convierte en el objeto pleno de investidura catéctica. (p. 154)

El guiño analítico aquí se refiere a lo desarrollado en la Sección 1, la plenitud imposible, y no al modelo de las demandas particulares. No es una demanda particular (D1) que pasa a ser lo universal, sino el otorgamiento de un nombre (en plena lógica althusseriana), el “significante vacío como bandera”. Una bandera en este sentido no es más que un trozo de tela, un dibujo colorido; pero está tan investido catécticamente que llega a encarnar la

---

<sup>23</sup> Mi propio enfoque para resolver esa fuerte contradicción potencial ha usado y desarrollado la noción de “resonancia”. Ni las demandas son “prefabricadas” por demiurgos, ni los famosos nombres son puras representaciones descriptivas de demandas. O sea, dicho al revés, no se trata solamente “guerras de palabras”, ni es el conflicto el resultado de puras objetividades en lo social.

<sup>24</sup> De hecho, Laclau estuvo muy involucrado en los debates en base a Althusser sobre Aparatos Ideológicos de Estado e interpelación, que tuvieron lugar en Argentina en los años 1970, por ejemplo, con Portantiero. El giro posmoderno ocurrió luego, una vez en Europa.

comunidad plena, “la patria que tanto amamos y que nos hace sujeto pleno”, etc. De hecho, más allá del origen particular y contingente del dibujo de una bandera, lo que provoca devoción *no* es este origen (particular, histórico, “pensado”) del dibujo que se ve en la bandera o lo particular de su diseño, sino el producto de la transformación de un trozo de tela en la encarnación propia de la plenitud comunitaria.

En “Why Constructing a ‘People’ Is the Main Task of Radical Politics”, Laclau destaca el componente performativo, vinculado también a los afectos, del significante vacío; y enfatiza la creación de algo que no estaba antes, algo nuevo, básicamente *ex nihilo*. Asimismo, introduce la inversión psíquica (lacaniana) como tal en el símbolo objeto *petit a*.

El vínculo equivalencial siendo establecido entre demandas radicalmente heterogéneas, su “homogeneización” a través de un significante vacío es puro *passage à l’acte*, la construcción de algo *esencialmente nuevo* [cursivas añadidas] y no la revelación de alguna identidad subyacente “verdadera”. Eso es la razón por la cual insistí en mi libro que el significante vacío es *puro nombre*, que no pertenece al orden conceptual. (2014a, p. 147)

Hay mucho para desempacar en esa cita. Se observa aquí un deslizamiento fundamental desde la versión anterior, en la cual una demanda particular D1, vaciada tendencialmente, llegaba a representar la cadena equivalencial, a una “homogeneización” que ya no es una operación hegemónica de un particular sobre el todo, sino más bien la *creación de un nombre nuevo*, la creación de un “puro nombre”, de algo que no estaba antes, que en este *passage à l’acte* llega a “ser bandera”. Y ahí, sí, cabe como bandera el nombre del líder.

Como escribe Laclau: “El momento de unidad de los sujetos populares se da en el nivel nominal (...) precisamente porque ese nombre no está conceptualmente (sectorialmente) fundado” (2005, p. 151). Aquí, muy al revés del significante desbordante, la unidad se produce porque el líder, el nombre del significante vacío, despojado de su(s) sentido(s) propio(s) (como la bandera de la tela y del diseño), llega a ser bandera, “puro nombre” invertido catécticamente. Dicho de otra manera, lo que importa aquí es la inversión catéctica (vinculada al deseo de plenitud, ausente) fijada en un nombre (que casi podría llegar a ser arbitrario y que es, sin duda, contingente en la lógica de Laclau), *más* que las demandas (particulares) de por sí.

A la pregunta fundamental formulada por Kitus (2019, p. 25) acerca de si “el significante produce performativamente la unidad de la cadena equivalencial

[concepción IV] o si (...) constata [enarbola] una cadena [equivalencial] que ya está [más cerca de la concepción III]" (traducción propia), la respuesta de Laclau, a esta altura (a pesar de que la concepción III parece ser la ortodoxa), no nos debe sorprender: "El *nombre*, como punto nodal altamente investido afectivamente, no *expresa* tan solo la unidad del grupo, sino que se convierte en su *fundamento*" (2005, p. 286). Sin embargo, uno tiene la impresión, en el modelo laclauiano de que, ontológicamente, la cadena equivalencial *es* el paso anterior, *pero* que la identidad solo sería posible una vez que aparece el rol performativo del nombre. Creo que, otra vez, Laclau exageró a su costa en su respuesta.

A nivel normativo o de compromiso militante, este *passage à l'acte* se justifica como una inversión de ética universalista de parte de uno en algo contingente y particular –tema que Laclau desarrolla en los fundamentos posmodernos a la ética. Es el momento en que uno "se juega" por algo, contingente, envuelto en un deseo moral universalizante.

Ahora bien, lo que complica esa conceptualización IV del significante vacío es una suerte de "extremismo lacaniano" donde la "realidad" algo desaparece y lo que queda es un juego entre nombres, lenguaje, deseos y lo Real. Más específicamente, para mí es particularmente problemática esa intercambiabilidad "liviana" entre "nombre" y "objeto", que no son sinónimos. El nombre es algo exclusivo del lenguaje. El "objeto" puede ser un cuerpo deseado, un paisaje hermoso, una bandera; es decir, el objeto tiene una materialidad que el nombre, preinterpelación, no tiene.

A mi criterio, extremar la nominación (el pecado inverso del de los positivistas) oblitera demasiadas cosas: 1) el objeto y su concreción 2) los restos de significados que, como dice en otras partes Laclau, siempre quedan; y 3) la agencia de los sujetos, que no son planillas blancas para los juegos de nominación. Sin duda, está la discusión ontológica sobre el *ground* o el fundamento. Laclau, citando a Heidegger, rechaza no solo –obviamente– la etiquetación positivista donde las palabras corresponden a objetos particulares y definidos; también rechaza el relacionismo estructural a la Saussure, donde el sentido se adquiere de un sistema de diferencias dentro de un lenguaje entendido como totalidad (lo que uno podría llamar "campo semántico") y hasta rechaza la polisemia infinita a la Derrida. Laclau repite que se hace una inversión de afectos en ciertas parcialidades "de por sí". Es lo que llama la fundación sobre el abismo.

Este enfoque nominativo performativo, creador de identidad, muy real –y que yo he usado abundantemente en mis escritos sobre peronismo y anti-

peronismo— ha sido sin embargo, (a mi criterio) llevado demasiado lejos de parte de no pocos analistas de discursos en Europa, donde pareciera que la sola enunciación de palabras “intencionadas” crea identidad de por sí en los sujetos. Eso termina transformando los sujetos en entes pasivos (como en la versión estructuralista de Althusser con los aparatos ideológicos del Estado), en un campo donde reina la guerra de lavados de cerebros por parte de los que tienen el monopolio de la palabra en el escenario público. Los que ponen delante demandas que sirven de base equivalencial al populismo de derecha terminan siendo *pauvre dupes* (pobres engañados) sin demasiada agencia.

También (como sugerido en la página anterior), una ontología de pura nominación, plenamente posmoderna, hace correr el riesgo de que se pueda exitosamente dar *cualquier* sentido a cualquier palabra. Pero como Laclau enfatizó, los significantes, aun tendencialmente vaciados, siempre guardan residuos (particulares) de significación, de sentido propio. Y eso ocurre dentro de la cadena equivalencial también. Por ejemplo, no concibo factible que un político nos convenciera al hablar “del pueblo de los ricos”. “Rico” choca con el resto de significados de “pueblo”: no lo permite el “resto de sentido” del hiperpolisémico “pueblo”. No podemos hablar de la “nación internacional” o de una oligarquía plebeya. El adverbio “tendencialmente” se ha exagerado con el paso del tiempo. Los significantes no son suturados; pero tampoco significan “absolutamente cualquier cosa”.

El riesgo, con la versión de “interpelación a la Althusser” de algunos análisis de discursos, es olvidarse de la importancia del sentido diferencial no arbitrario, de la “materialidad” (por decirlo así) del resto de significados. De acuerdo con eso (y también en acuerdo con Linden), rechazamos una pura autonomización del significante. En *La razón populista*, Laclau escribe al respecto que no se puede eliminar totalmente lo particular de las identidades particulares, en nombre de su rol como *points de capiton*: “Si esa eliminación total fuera posible tendríamos, sí, un significante sin significado” (p. 137).

La noción de “significante desbordante” permite reestablecer una relación del significante con el objeto, particularmente en su materialidad —y eso, sin volver a una ontología positivista. Laclau hace lo mismo cuando pasa muy de repente del significante vacío a la superficie de inscripción. Creemos que el último es el “objeto”, el símbolo, la “materia no vacía” que termina jugando el rol (por las razones explicadas detalladamente por el mismo Laclau en todo su aparato teórico) de significante vacío. Donde discrepamos —por exagerar Laclau— es cuando escribe: “La superficie de esta inscripción (los símbolos populares) será irreductible a los contenidos que están inscripto en

ellos” (2005, p. 128). Sin duda, no resultan “elegidos” de modo transparente (ibid.), obvio e inevitable por las demandas en sí o por “ser lo que son”; pero tampoco, cabe decirlo, esa superficie “es indiferente” (p. 148) o arbitraria. Hay algo en la materialidad de esta superficie que facilita ese rol. Y para cualquier científico social, es precisamente lo específico de esa materialidad (de la superficie de inscripción) lo que resulta interesante, fascinante. “La producción social de significantes vacíos (...) tiene lugar en un terreno social radicalmente heterogéneo (...) Cualquier tipo de unidad [popular] va a proceder de una inscripción [en una] superficie (los símbolos populares)” (p. 128). Y esos símbolos, aun si no son una expresión directa, obvia e inevitable de las demandas, tampoco son aleatorios y (absolutamente) intercambiables en la constitución identitaria. Es *precisamente* a nivel de la naturaleza de esa superficie, de la heterogeneidad concreta de la realidad social, donde muchas veces “se juega el partido” político-cultural. Por eso, para mí no es una sorpresa que cuando Laclau pasa a discutir la centralidad del *líder* en la lógica populista, abandona abruptamente la noción de “significante vacío” y adopta la muy fructífera noción de superficie de inscripción. Escribe:

Vamos (...) a preguntarnos si no existe algo en el vínculo equivalencial que ya preanuncia aspectos claves de la función del *liderazgo* (...) El símbolo o identidad popular, en tanto son una *superficie de inscripción*, *no expresa pasivamente* lo que está inscripto en él, sino que, de hecho, *constituye* lo que expresan a través del mismo proceso de esta expresión. (2005, p. 129)<sup>25</sup>

Que esa superficie de inscripción *constituya* la identidad popular no es poco...

Finalmente, del mismo modo que los *appeals* son algo más específicos (a medio camino entre lo ontológico y lo óntico) que el deseo de plenitud ausente, los *adjetivos* asociados al “líder desbordante” (como superficie de inscripción o significativo vacío) son más estudiables (divertidos, empíricos, comparables), incluso para la *identificación*, que el “puro nombre del líder”, como nombre no más.

El “significante desbordante” cumple las mismas *funciones* que estas dos últimas conceptualizaciones de “significante vacío” (III y IV) sin tanto “enredo” ontológico y epistemológico, y sin esas posibles contradicciones o *revirements*. Veamos.

<sup>25</sup> En “liderazgo” y “superficie de inscripción”, las cursivas son nuestras; mientras que en “no expresa pasivamente” y “constituye”, son de Laclau. Utilizamos en singular “símbolo” e “identidad”, del original en inglés, y no en plural, como aparece en la traducción.

1) El significante desbordante no tiene por qué ser una *demanda particular* ascendida a significante del conjunto— y para eso tendencialmente vaciada de su significado particular diferencial (concepción III). Como el significante vacío de Laclau, “se constituye”, pero no necesariamente como demanda particular tomando el rol de bandera de todas. Sin duda, el significante desbordante puede ser una “demanda” en el sentido psicoanalítico o más abstracto, pero no se limita a lo que es un *claim* (en el sentido de un reclamo social); también, como en el muy desbordante peronismo, puede ser un —polisémico— sentimiento. El “sentimiento peronista” es desbordante de sentidos, pero tampoco es “cualquier cosa”. No es ni puro nombre, ni significado de diccionario. Si el significante vacío va a ser, según Laclau, el “nombre del líder”, acordemos que el significante desbordante es mucho más apto para explicar el éxito del nombre del líder —y por qué no, del líder mismo— que, cito, “esa causalidad que pasa por la singularidad”.

2) El significante desbordante opera como un claro polo de atracción, ya que tiene significados (particulares) cada vez más heterogéneos en este proceso de desborde y de catexis identificatoria. Laclau escribe lo mismo sobre el famoso “nombre”:

El nombre, una vez que se ha convertido en significante de lo que es heterogéneo y *excesivo* en una sociedad particular, va a *ejercer una atracción irresistible* [cursiva nuestra] sobre *cualquier* demanda vivida como insatisfecha y, como tal, como excesiva y heterogénea con respecto al marco simbólico existente. (2005, p. 140)

Una crítica válida que se me ha hecho es que el grueso del análisis relacionado al significante desbordante (Ostiguy y Moffitt, 2021) se centra en el líder y no en “el pueblo”. Esa crítica es superficial, pues tanto en Laclau como en Ostiguy y Moffitt, el pueblo es constituido; lo único que difiere (parcialmente) es el camino de dicha constitución. Y esos dos caminos, además, se encuentran: para Laclau, en la etapa del “nombre del líder” (2005, p. 130) y en Ostiguy y Moffitt, en el análisis de los adjetivos desbordantes sobre el líder y su materialidad. En ambos casos, cristaliza. La pregunta es si el pueblo (como objeto constituido) existe y persiste sin el líder. Tengo la impresión de que, para ambos, la respuesta es principalmente negativa.

Si se tuviera que ubicar el significante desbordante en uno de los “pares-siameses” del vasto aparato dinámico-conceptual de Laclau, sería en *este*. Y es porque estamos aquí más cerca del “populismo”. Creo que lo de la plenitud, su ausencia, etc. sirve más bien de horizonte *genérico* para el deseo. Eso incluye la plenitud comunitaria, por ejemplo, como “el fin de la prehisto-

ria humana” en Marx. Y no creo que haya algo particularmente “populista” aquí. Son motores genéricos para que “otro mundo sea posible”. Es correcto llamar a ese proyecto muy genérico el opuesto de “la administración de las cosas como son”; pero el abanico que incluye es realmente inmenso y sería majestuosamente impreciso llamar todo eso populismo o “lógica populista”.

### ¿Y el pueblo, en eso? ¿Qué pueblo?

En la concepción del significante vacío como parte particular vaciada para simbolizar el todo, la cadena equivalencial es una condición necesaria, pero no suficiente para tener “un pueblo”. Tan importante es, creo, el otro elemento del modelo de Laclau: el de la *frontera*, a la que Laclau dedica muy pocas líneas. En algunas instancias, la frontera parece identificarse con el límite del sistema, que le provee sistemicidad<sup>26</sup> (el enfoque discursivo-lingüístico) al conjunto dado; y otras veces, está más cerca del antagonismo (sociopolítico) de la tradición posmarxista.<sup>27</sup>

Para tener *pueblo*, más importante *aún* que la frontera en sí, es lo que está del otro lado de la frontera: lo que, en términos de la ciencia social más que de la filosofía, de la lingüística o del psicoanálisis sería el bloque de poder. Para tener *pueblo*, hay que poner el acento, en verdad, en *dos* elementos esenciales –que muy extrañamente no han sido discutidos hasta aquí y ocupan poco lugar en ese autor faro de la izquierda: el bloque de poder, por un lado; y, por otro, que esas demandas provengan de sectores subalternos o de la plebe, para utilizar el antiguo término romano. Realmente sorprende lo poco que hay al respecto en Laclau. Ahora bien, es conocida la resistencia o la hostilidad de Laclau a cualquier forma de sociologismo y/o marxismo materialista fundados en la categoría objetiva de clase social y cuya primacía ontológica sería la lucha de clases.

En línea con la ontología posmoderna y el escepticismo óptico de Laclau, son asombrosamente pocas las referencias a lo que se ubica del otro lado de la frontera, como Otro. Sabemos lo que *hace* el Otro (concepción II de significante vacío), pero no mucho lo que “es”. Encontramos solo cinco líneas, en la página 113 de *La razón populista*:

<sup>26</sup> El original, en inglés, es *systemicity*.

<sup>27</sup> Sabemos que para Laclau esas dos cosas son lo mismo. Pero la tendencia de Laclau a poner como equivalentes e idénticos distintos elementos o conjuntos diferenciales –y a operar como autor por la lógica equivalencial– tiene el efecto de dificultar una discusión intelectual que, por definición, implica diferenciación, interna a su pensamiento.

La falta, como hemos visto, está vinculada a una demanda no satisfecha. Pero *eso implica introducir en el cuadro el poder* [lamentablemente traducido como “instancia”, en la versión del libro en español] que no ha satisfecho la demanda. Una demanda siempre está dirigida a alguien. Por lo cual no enfrentamos *desde el comienzo* con una división dicotómica entre demandas sociales insatisfechas, por un lado, y un *poder insensible a ellas*, por el otro. (2005, p. 113, cursivas nuestras)

Tenemos, entonces, la categoría ópticamente muy abierta de “poder que no ha satisfecho la demanda” y/o la de “poder insensible a ellas”. Pero en base a la cita, se supone que este es el poder político-administrativo –que a su vez podrá responder (o no) a otros poderes económicos, internacionales, etc. En modo posmoderno, el enemigo no es (de por sí) de clase.

¿Tiene que haber un elemento de subordinación en “el pueblo” o no? Para preguntarlo de otro modo, ¿las demandas tienen que provenir de sectores subordinados? Nada, o más bien casi nada en los textos de Laclau permite pensar eso. Lo que Laclau repite incansablemente es que el punto de partida (de todo su aparato o teoría) es la demanda, más precisamente la demanda no satisfecha, dirigida a alguien en posición de responder.

Ahora bien, es cierto que en América Latina tenemos la imagen de Epinal de la petición de peones al patrón de campo para que, “por favor...” O del petitorio estudiantil a las autoridades universitarias. Sin embargo, aprendí del mismo Laclau a ir hasta el final lógico de un razonamiento y ser fiel a una ontológica dada. Se puede, entonces, imaginar el escenario siguiente. Tenemos un Estado, un Gobierno y una élite política mayoritariamente social-demócrata administrando un Estado de bienestar, como ha sido históricamente el caso en Europa del Norte. La medicina es pública y monopolio del Estado. Las escuelas son seculares, se prohíbe la enseñanza religiosa en las aulas. Sin embargo, hay demandas fuertes de sectores acomodados (ricos), rechazadas, para la apertura de clínicas privadas de salud (caras), en las cuales demandan ser atendidos. Son peticiones (*requests*) que se pueden transformar también en reclamos (*claims*) con lenguaje de derechos (derecho a la libertad de). El significativo vacío aquí es el de la libertad. No solo eso. Demandan como en Chile que todos sus impuestos para el costoso tema salud vayan directamente al sistema privado (vía aseguradoras). Están muy descontentos de que el poder no los escuche. Además, grupos conservadores religiosos piden que se reconozcan y oficialicen escuelas confesionales, demandas también rechazadas. El significativo vacío (pues ése tiene que ser único) es también “en nombre de la libertad” (de los padres de elegir). En tercer lugar, trabajadores de-

mandan que se deje de admitir inmigrantes de bajos ingresos en el país, pues “roban nuestros empleos” –demandas también desoídas. Vinculado a eso, gente mayor de ingresos módicos piensan que con todos esos inmigrantes de color aumentan el crimen y la inseguridad, y demandan medidas para que cese ese flujo –desoídos. Es muy fácil ver cómo a partir de esas demandas no satisfechas y rechazadas surge, obviamente, una cadena equivalencial. A esa cadena le falta uno o dos significantes vacíos, que proveen los lemas “patria y libertad”. Y el nombre de un líder. Ahí vemos funcionar *a la perfección* el esquema de Laclau o la razón populista.

Se intuye el malestar de los lectores laclauianos de izquierda que piensan que la lógica populista laclauiana (contrariamente a lo que ha repetido el autor) solo puede ser “emancipadora” y, más llanamente, de izquierda. Pero eso no es lo más grave. ¿Es una cadena equivalencial dando lugar a “pueblo”, constituyendo a un pueblo frente al poder administrativo de las cosas, si figuran de modo prominente sectores *sociológicamente* acomodados, ricos, “cuicos” o “pitucos”? Según la compleja teoría de Laclau, pareciera que sí. O sea, moviéndonos hacia la sociología clásica, ¿es pensable y posible un pueblo de ricos y de pequeños empresarios blancos del interior del país, en contra de una minoría sindicalizada urbana? Parece perfectamente posible, ya que todo eso es contenido óptico irrelevante para la lógica ontológica...

En Laclau hay innumerables páginas sobre significantes vacíos, la imposibilidad de la sociedad, la plenitud, lo Real, etc.; pero, dicho eso, el único camino hacia “el pueblo” es desde el punto, inicial, de las demandas. Sin embargo, como bien reconoce Laclau (en su capítulo 5 de *La razón populista*), hay demandas y demandas –de ahí la conocida línea en diagonal de su segunda figura (p. 166), entre demandas a, b y c, lo que sería una cadena equivalencial (para simplificar a ultranza aquí) de derecha. En verdad, en contra de lo que parecen pensar la mayoría de los laclauianos de izquierda que ven el populismo como algo intrínsecamente emancipador y de izquierda, el mismo Laclau básicamente acuerda con (o pasa *muy* cerca de) el escenario imaginado –pero a su vez, muy real y existente– arriba. *Sin hablar de clases*, reconoce que “un régimen opresivo –en ese caso, el zarismo– se vuelve (...) hegemónico, [interrumpiendo] la cadena equivalencial del campo popular mediante una cadena equivalencial alternativa, en las cuales algunas demandas populares son articuladas” (p. 131). La diferencia con mi escenario, sin embargo, es que el mismo bloque de poder, en el ejemplo de Laclau, está involucrado en la creación de esa cadena equivalencial alternativa. En mi escenario, esa cadena, que involucra sociológicamente a ricos y a pobres conservadores,

está *en contra* del bloque de poder administrativo del sistema, lo que los hace “aún más” populista.<sup>28</sup>

El punto es que, volviendo a la sociología clásica, no son solo los sectores populares los que formulan demandas. O para ser más modernos, no solo los grupos vinculados a la diversidad y a *minorities* formulan demandas. La naturaleza del Otro (en la concepción II) del significante vacío, ubicado del otro lado de la frontera antagonista, parecería ser *central* al respecto. Pero Laclau no elige ese camino, ya que eso implicaría darle *cierto* contenido óntico, también, al enemigo.

Laclau menciona en *contadísimas* ocasiones algo que pararía ese deslizamiento lógico y plausible. En todo el libro *La razón populista*, hace referencia solo *tres* veces al concepto de *underdog* (que no tiene una traducción exacta al castellano, ya que es un término netamente informal en inglés y no de uso académico corriente). El diccionario Webster informa que *underdog* es 1) un perdedor o un perdedor predicho en una lucha o un concurso; o 2) la víctima de una injusticia o persecución. La segunda aceptación se condice en parte con lo de Rancière sobre los “no contados”, y con Aibar, en un contexto más latinoamericano. Las dos primeras veces que aparece el término *underdog* se introduce muy periféricamente: está clara la intención de Laclau de no darle un estatuto ontológicamente central en su lógica. La primera vez es en el contexto de una discusión sobre el clientelismo, donde escribe que “basta con que [el clientelismo] este construido como un llamado público al *underdog* [traducido como “los de abajo”] fuera de los canales políticos normales, para que adquiriera una connotación populista” (p. 157). La segunda ocasión es en el contexto de una discusión del político George Wallace, plausiblemente el fundador del populismo de derecha –y con connotaciones racistas– en Estados Unidos. Utiliza el término *underdog* para describir tanto nuevos movimientos sociales que estaban emergiendo en esa época en Estados Unidos (“the civil rights movement, the New Left, and so on”), como –insisto– la “‘middle America’ que también se sentía sub-representada, asfixiada entre la burocracia poderosa en Washington y las demandas de varias minorías” (p. 172).<sup>29</sup> El único lugar donde sí parece conseguir por primera

---

<sup>28</sup> Y, de hecho, eso es precisamente la retórica de Trump, una alianza de ricos y de no-élites conservadores y “patrióticos”, que se oponen al “Estado profundo”, bajo el significante vacío (o desbordante) de “Trump”, quien hará América grande otra vez (plenitud comunitaria).

<sup>29</sup> Hemos traducido directamente del original del libro, en inglés, ya que la traducción al castellano no rinde exactamente el sentido original.

vez una importancia teórica propia este *underdog* es muy al *final* del libro, en la conclusión. En el mismo párrafo en que Laclau expresa enfáticamente, que concibe “al ‘pueblo’ como una categoría *política* y no como un *dato* de la estructura social”, y que se constituye “a partir de una pluralidad de elementos heterogéneos” (más evasivo sociológicamente no podría ser), afirma, sin embargo, que “este conjunto (...) presupone una asimetría esencial entre la comunidad como un todo (el *populus*) y el *underdog* [traducido aquí de modo revelador como “los de abajo”] (la *plebs*)” (p. 278).

La discusión sobre este tema absolutamente crucial debe entonces trasladarse al término de *plebe* (y de lo plebeyo). Lo extraño, sin embargo, es el contexto en que se introduce, en *La razón populista* (p. 108). *De ningún modo* aparece como resultado lógico o secuencial de las famosas demandas, no satisfechas, puestas luego en relación equivalencial, que constituye el hilo (y el argumento muy repetido) del libro. Aparece cuando Laclau se ve obligado a definir lo que entiende como “pueblo” (dentro de lo que es la “totalización”<sup>30</sup> populista), y ahí, muy paradójicamente, aparece “plebe” y “populus” – no como resultado de la larga y lógica exposición hasta el momento, sino como *producto semántico* de la palabra “pueblo”, es decir, de la misma lógica saussureana que él critica – “La *terminología tradicional* –que ha sido traducida al lenguaje común [ahí estamos en plena lingüística no posmodera de tipo diccionario]– aclara esta diferencia: el pueblo puede ser *concebido* como *populus* (...) o como *plebe* –los menos privilegiados” (p. 108, cursivas nuestras, menos para las palabras en latín). De repente, nos encontramos en un análisis del campo semántico a la Sartori, muy lejos de los significantes vacíos. El término *plebe* se introduce como elemento del campo semántico *histórico* –lejos de cualquier performatividad posmoderna– de la República romana. Pero sin duda Laclau aplica a esos dos significados la lógica que es el eje del libro: una parcialidad que quiere representar una totalidad.

Sospechamos que esa introducción terminológica de último momento que termina anclando *La razón populista* (y evita el deslizamiento descrito arriba) es un producto de la lectura y filosofía de Rancière, quien desarrolló, una década antes, el mismo argumento (plebe/populus), pero utilizando el

---

<sup>30</sup> La “totalización” sería algo como la “totalidad del sistema”, en cuanto a cómo opera. Laclau diferencia la totalización institucionalista donde predomina la lógica diferencial dentro de un espacio homogéneo comunitario marcado, en el caso de la democracia, por la figura del ciudadano, de la totalización populista, donde habría una frontera de exclusión dividiendo la sociedad en dos campos, y en la cual “el pueblo” (como plebe) *no* está conformado por todos los miembros de la comunidad.

*demos* griego aristotélico –ahora, para Laclau, plebe romana. Y, de hecho, el término plebe inunda el *final* del libro (pp. 303-308) justo cuando Laclau discute a Rancière, acordando y diferenciándose de él. Sin el *demos* griego de Aristóteles y Rancière, *no tenemos pueblo popular* en Laclau (por lo menos, inevitablemente) y en lógica laclauina posmoderna, el pueblo pituco-cuico seguiría siendo una real posibilidad.

### **Populismos emancipadores (de izquierda) y populismos de derecha radical en Laclau**

Una cosa sería tener que lidiar con el oxímoron de “un pueblo de clase media y alta” que busca ser *populus*, lo que Laclau rechaza (quizá no de la mejor manera en cuanto a su propia lógica teórica y de razonamiento) sin caer en el sociologismo, (que también rechaza). Otra cosa es plantear un populismo de derecha, reaccionario o fascistoide, que Laclau *muy explícitamente admite* –como contenido óntico independiente de su lógica ontológica. Laclau, en sus escritos, contradice llana y frontalmente el planteo hecho por varios de sus seguidores actuales de que “el populismo solamente puede ser de izquierda”. Para Laclau, no solo sería una confusión de lo óntico con lo ontológico de la lógica populista, sino que, además, afirma: “[La lógica populista] no garantiza el carácter ‘progresista’ de esa totalidad” (2005, p. 296). En un artículo menos conocido, aclaró lo siguiente: “Precisemos que sería erróneo pensar que el contenido de una política populista es necesariamente progresivo. Lo único que el populismo requiere es que él implique un tipo de discurso que divida a la sociedad en dos campos y que interpele (...) frente al poder” (2014b, p. 259). Este punto, central, es uno de los principales que expone en su divergencia con Rancière, adoptando al final de *La Razón populista* el tema de Rancière de “la contabilidad” y de “los incontados”, con el que se explyta detalladamente:

No existe ninguna garantía *a priori* de que el pueblo como actor histórico se vaya a constituir alrededor de una identidad progresista (desde el punto de vista de la izquierda). Precisamente porque lo que se ha puesto en cuestión no es el contenido *óntico* de lo que se está contando, sino el principio *ontológico* de la contabilidad como tal, las formas discursivas que va a adoptar este cuestionamiento van a ser en gran medida *indeterminadas* [cursiva nuestra]. Pienso que Rancière identifica demasiado la posibilidad de la política con la posibilidad de una política emancipatoria, sin tomar en cuenta otras alternativas; es decir, que los incontados construyan su incontabilidad en formas que son ideológicamente incompatibles con aquello

que Rancière o yo podríamos defender políticamente (por ejemplo, en una dirección fascista). Sería histórica y teóricamente erróneo pensar que una alternativa fascista se ubica enteramente en el área de lo contable. (2005, p. 306)

Como corresponde y coherentemente con eso, Laclau no tiene problema en describir a George Wallace en Estados Unidos como el iniciador de una lógica populista –muy de derecha– (2005, p. 173). Y escribe sobre la transferencia de un voto popular de protesta en Francia, del Partido Comunista al Frente Nacional, adoptando el análisis de Perrineau sobre el “gaucho-lepinismo” [“lepenismo-izquierdoso”] y encuadrándolo dentro de su lógica ontológica (2005, pp. 115-116). También, como es muy obvio para cualquier lector de Laclau, no hay *ninguna* razón para limitar ópticamente el populismo a las experiencias populistas de los años 1930 y 1940 de América Latina– cosa que, por supuesto, Laclau no hace.

Ponerle la etiqueta de populismo a un fenómeno que no le gusta a uno (como hacen los medios de comunicación en Europa con la derecha xenófoba o en Chile con cualquiera) o al revés, retirarle el nombre de populismo porque no le gusta a uno dicho fenómeno por que no es emancipador es algo que rechaza y menosprecia Laclau. Lo escribe en las últimas líneas de su libro sobre populismo: “Como escribió Freud, uno debe evitar hacer concesiones a la pusilanimidad (...) Una de las formas principales que toma esta pusilanimidad en la actualidad es el reemplazo del análisis por la condenación ética [y política]” (p. 310), y en este punto se refiere al fascismo como algo que puede ser producto de la misma lógica populista que él ha descrito durante su libro.

Laclau inscribe sin duda el populismo y su lógica dentro de lo que denominó la política del descontento, ya que su punto inicial de construcción es la puesta en equivalencia entre demandas no resueltas o rechazadas por parte de los que tendrían que (diferencialmente) resolverlas. Hay un vínculo fuerte –que por superficial, no es menos real– entre los escritos abstractos de Laclau y lo que se llama el voto de protesta en política comparada (2005, p. 173).<sup>31</sup> La alternativa que teme Laclau políticamente, desde el punto de vista normativo y dentro de la misma lógica que analiza, es explícitamente (y con razón) la del fascismo. Y, de hecho, muchos populismos contemporáneos de derecha

---

<sup>31</sup> Por supuesto, la política equivalencial de ninguna manera tiene por qué limitarse a la dimensión electoral. Ambas cosas, obviamente, no son sinónimas.

muestran algunas afinidades electivas con el fascismo –la de Trump, en primer lugar (de ahí, sin sorpresa, el movimiento Antifa en EE. UU.).

De todos modos, hay algo irónico aquí que pocos se han atrevido a resaltar: no hay ninguna razón, *de por sí*, por la que la teoría de Laclau sobre la lógica populista tenga que ser de izquierda (anti *statu quo* sí; de izquierda no). Es llamativo, considerando la fuerte asociación empírica entre la izquierda radical (tanto en Europa como en el Cono Sur de las Américas) y la teoría laclauiana. La razón, creo, es el énfasis puesto en el antagonismo y la frontera –lo que por ejemplo distinguiría una izquierda radical de una izquierda socialdemócrata liberal. Pero esas mismas fronteras y el antagonismo pueden ocurrir igualmente a la derecha (particularmente, la derecha radical), como se ve claramente en los casos ónticos de Trump o de Bolsonaro –incluso con sus propios significantes vacíos, como lo es el eslogan “Hacer de América algo grande otra vez”.<sup>32</sup>

La bajada a la arena de lo óntico y de la “política real” nos lleva ahora a introducir el último –y no menos importante– significado de “significante vacío”, que tiene que ver con la *hegemonía* y las *prácticas articulatorias*, es decir, “la lógica de articulación de demandas sociales y la naturaleza de las entidades colectivas que resultan de ellas” (2005, p. 310). La hegemonía y las prácticas articulatorias se ejercen tanto en prácticas discursivas en general, como en la “política real” (a lo Gramsci)– campos que para Laclau son el mismo. Esos campos se condicen con el *passage à l’acte*, que Laclau identifica en la nominación (*naming*) (concepción IV), y con la investidura radical (por contingente que sea) en un significado parcial que pasa a simbolizar (aun imperfectamente) la plenitud ausente. Es decir, en castellano simple, a comprometerse por algo que uno nombra.

### V. ¿El “significante hegemónico”?

#### **Hegemonía y prácticas articulatorias (la política)**

Se reporta que Chantal Mouffe ha recomendado reemplazar el hiperpolisémico “significante vacío”, objeto de este artículo y que –como ella admite– confunde, con “significante hegemónico”. Escribe Zicman de Barros: “En intervenciones públicas recientes, Mouffe ha afirmado que siempre se opuso al uso de Laclau de la noción de significativo vacío, diciendo que iba a crear confusión,

---

<sup>32</sup> No queda muy claro, a propósito, a qué se refiere lo “grande”; ni tampoco *en qué momento histórico* América era “great”. Tal como opera en los “significantes desbordantes”, eso queda a discreción y a la imaginación del sujeto. Véase Bervernage et al. (en prensa) al respecto.

y llamó a la adopción de ‘significante hegemónico’ en su lugar” (2023, p. 14, traducción nuestra). En un artículo menor tardío, Laclau va en la misma dirección. Asigna el término “significante hegemónico” en el lugar exacto donde siempre escribió “significante vacío”: “[La] unificación de las equivalencias en torno a significantes hegemónicos” (2014b, p. 256). Sigue Laclau:

La lógica inherente a los significantes hegemónicos (...) es su tendencia a constituirse como significantes vacíos (...). Al asumir la función suplementaria de representar una totalidad que la rebase, el significante hegemónico debe hacer más laxas las relaciones que lo unían al particularismo originario, pues debe, para eso, unir equivalencialmente a más y más demandas sociales, tendrá que “descolorar”... (ibid.)

¿El significante *hegemónico* precedería su constitución en significante vacío? No se entiende bien como llega a ser hegemónico *antes* de vaciarse. Se incrementa la confusión con eso.

En *La razón populista*, Laclau usa el término “hegemónico/a” a varias salsas, que solamente tienen como punto común que la parte particular se hace representante del todo. Por un lado, si se usa ahí como “significante vacío”, el significante hegemónico es entonces *absolutamente idéntico* a la concepción III (en esas instancias, de hecho, significantes vacíos y significantes hegemónicos son plenamente intercambiables); y a veces lo usa de otro modo, más bien gramsciano.<sup>33</sup>

En *La razón populista*, hay tres claros lugares en que Laclau hace lo que propone Mouffe, donde los dos términos son absolutamente intercambiables –y uno de los dos es redundante. En la sección “Significantes vacíos y hegemonía”, Laclau enuncia el argumento de siempre, con los dos términos intercambiables: “Esta operación por la que una particularidad asume una significación universal inconmensurable consigo misma es lo que denominamos hegemonía (...) la identidad hegemónica pasa a ser algo del orden del significante vacío” (p. 95). Menos abarcador, más adelante: “En una relación hegemónica, una diferencia particular asume la representación de una totalidad que la excede” (p. 97). Y lo mismo luego: “Una relación hegemónica es aquella en la cual una determinada particularidad significa una universalidad inalcanzable” (p. 143). Los dos términos o significantes, distintos, serían sim-

<sup>33</sup> No por primera vez enfatizo que ese uso equivalencial donde “todo es lo mismo que todo”, simplemente por similitud formal, transforma “todo” en algo muy borroso y vago.

plemente las caras diferentes de exactamente lo mismo: el hecho de que una particularidad dada se impone (para representar el conjunto) y que, para eso, tiene que *vaciarse* de su significado particular.

Sin embargo, en más de once pasajes en el mismo libro fundador donde aparece “hegemonía” y “hegemónico/a” Laclau se refiere claramente a un sentido posgramsciano. Y uno no es lo mismo que lo otro. Es más, el sentido posgramsciano tiene la enorme ventaja de vincularse *directamente* con los significantes flotantes (que, basta decirlo, *no* son lo mismo que los significantes vacíos) y –otra faceta de lo mismo– con la teoría mayor de Michael Freeden sobre *de-contestation*. Sugiero, entonces, hacer un “poco de limpieza” y, ya que tenemos un término para lo primero (“significante vacío”), usar “significante hegemónico” para la otra aceptación, que tiene su propia especificidad y su rol clave en la política competitiva.

El significado de un “significante flotante” de *ningún modo* está tendencialmente vaciado, sino que es políticamente polisémico. A caballo entre más de una cadena equivalencial, “su sentido permanece indeciso entre fronteras equivalenciales alternativas” (p. 165). Sin duda, como lo reitera en su capítulo 5, los dos términos no son lo mismo: “Lo político consiste en un juego indecible entre lo ‘vacío’ y lo ‘flotante’” (p. 192).

Para que un término dado sea “apropiado” por un discurso (p. 255) o una cadena equivalencial rival, *tiene que querer decir algo*. Es ese “algo” lo que tiene valor –por eso se pelean para apropiárselo–, *no* el hecho de que sea *vaciable* para representar algo inconmensurable. La confusión entre los dos usos es hasta engañosa, porque más allá de que una parte hable en nombre de un conjunto, en la noción de hegemonía es una parte cuyo sentido es claro y logra imponerse socialmente. La victoria hegemónica es justamente la imposición de un sentido cuestionable (y ya no cuestionado) asignado a un término –nodal– dado, frente a significados alternativos para él mismo. Para dar un ejemplo, en el sentido gramsciano de hegemonía, la creencia por básicamente todos como en EE. UU. de que el capitalismo liberal es *the only game in town* es hegemonía. O que la “libertad” significa que “el Estado no me pueda imponer cosas o impedirme hacer lo que quiero” es hegemonía liberal. El viejo debate entre el socialista Tawney y el liberal-conservador Berlin sobre el significado del significante flotante “libertad” *implica* que el término, en ambos discursos rivales, tiene un sentido (sin duda más precisable) en común, aun si su sentido políticamente relevante queda aquí en suspenso. Es decir, la batalla para la hegemonía se juega entre significantes flotantes. Para dar otro ejemplo, no es una coincidencia o una “tontera ignorante” lo que hizo que, paradójicamente

para nosotros hoy, la república no democrática de Alemania del Este eligiera como nombre del país República Democrática Alemana; la razón no fue que el término hubiera sido vaciado, sino que le querían dar un sentido marxista, en el sentido de popular, *demos*, obrero-y-campesino, a su república, en contraste con la “república burguesa” alemana del oeste. Claramente, perdieron la batalla hegemónica sobre aquel sentido de “democrático”.

Otra ventaja importante de reservar “significante hegemónico” a un significante flotante victorioso es el vínculo, obvio para teóricos, con la obra de Michael Freedon (1996) sobre *de-constestation*, que se podría traducir por de-disputación. Sin entrar en detalle en esa compleja obra, Freedon muestra cómo, por ejemplo, el mismo término “igualdad” adquiere un sentido preciso diferente en distintos discursos— liberales, socialistas, etc.— mediante morfologías distintas. Las morfologías son una manera distinta, pero con la misma lógica, de hablar de articulaciones discursivas, caras a Laclau y Mouffe. Brevemente, una des-disputación exitosa es el sinónimo exacto de una victoria hegemónica con relación a un significante socialmente catectado.

Insisto: en el “significante vacío” exitoso, el sentido se desdibuja, en el “significante flotante” victorioso, un significado disputable adquiere socialmente la impresión de sutura. O sea, es exactamente al revés.<sup>34</sup> Un significante que se ha básicamente vaciado para actuar de “bandera” puede ser investido de una gran catexia de afecto, puede muy bien servir de bandera (concepción IV), pero *no* puede imponer un sentido dado a expensas de otro.

Es más, hablando de relación inversamente proporcional: cuanto más se vacía de su sentido particular un significante vaciado (concepción III), menos ejerce cualquier tipo de hegemonía de sentido, de significado, en la sociedad. Un ejemplo sería el “nombre de Perón” en 1972-73, que llegó a cristalizar una cadena equivalencial inmensa y particularmente heterogénea, a *vaciarse de contenido particular para poder ejercer esta enorme cobertura y cristalización* (como “significante vacío”) de la cadena equivalencial (“el pueblo de Perón”), precisamente porque el sentido históricamente más acotado y menos vago del peronismo (digamos el peronismo de Perón, del 1950) *no* era hegemónico, como se ilustra en carne con el asesinato de Rucci.

La batalla por la hegemonía se juega fuerte y duro discursivamente con los significantes flotantes, objetos de disputas entre distintas cadenas equivalenciales. Y es porque esos significantes flotantes no solamente tienen un valor

---

<sup>34</sup> Yo añadiría que el primero sirve para movilizar, mientras que el segundo sirve para in doctrinar.

normativo-afectivo en la sociedad, sino porque “quieren decir algo”, significan (aun sin sutura). Resumiendo, no llamemos “significante hegemónico” a lo que *ya* tiene nombre específicamente laclauiano para algo específicamente laclauiano, que es el “significante vacío” de la concepción III. Asimismo, guardemos la noción de hegemonía, absolutamente clave en la política competitiva (incluso, pero no solamente, laclauiana), para la pelea acerca –principalmente– de significantes flotantes.

### La articulación como política

Queda, por fin, el tema clave tanto en Laclau como en Gramsci y Lenin, de la articulación, como principal arma política. En eso, nadie podría estar más de acuerdo que yo, y el tema no es nuevo. Es el terreno por excelencia de la política, particularmente militante. El plus de valor que le añade Laclau es el rol de la articulación en la teoría del análisis de discursos (y no solamente en la política convencionalmente entendida, como en Lenin y su priorización de la articulación en *¿Qué hacer?*).<sup>35</sup> Es decir, igual que lo que escribe Lacan sobre el “sentido retroactivo”, la articulación *misma* resignifica significantes en uso –o creando significantes flotantes a partir de significantes que no lo eran, o creando nuevos puntos nodales de significados.<sup>36</sup>

No creo, sin embargo, que esa esencial articulación en la política tenga que añadirse como capa definicional adicional al ya *muy* cargado y polisémico “significante vacío”.

También hay que ver qué es lo que se articula. Si son demandas que no conforman una coalición “arco iris”, sino *ya* están subsumidas en un “significante vacío” que las engloba, ahí sí, obviamente, entra el significante vacío. Pero, articular –y rearticular– discursos ya constituidos, sistemas filosóficos, significantes como “nación” o “patriótico” en, y con, otros discursos –como lo hace Chantal Mouffe, por ejemplo, cuando habla de la articulación contingente entre liberalismo y democracia– es propio de “significantes flotantes”

<sup>35</sup> Aquí es extraña la noción de “marxismo-leninismo”, ya que la ontología de Marx, centrada en las relaciones y los modos de producción, lo estructural, la primacía del campo material, etc., es incompatible y *la inversa* de la de Lenin en *¿Qué hacer?*, cuya tesis práctica no es muy distinta de lo que avanza Laclau, en términos de primacía de la política y de lo prioritario, que es la tarea articuladora *contingente*.

<sup>36</sup> Gran parte de las publicaciones europeas de analistas de discursos se centran en esa tarea, donde lo político es lo más visible.

y, a veces, llanamente de “conceptos”.<sup>37</sup> Y ahí estamos en un terreno muy arado, bastante lejos de lo que constituye el aporte de la obra de Laclau.

Sin duda, el trabajo articulador a nivel discursivo es apto –de modo privilegiado– para crear *nuevas identidades*. Para dar un ejemplo, la articulación de “radical” con “democracia”, creando lo de “democracia radical”, ha constituido un campo político y académico que ha suscitado grandes inversiones catécticas (de las que habla Laclau cuando se refiere al abismo como fundación). “Democracia radical” como significante no existía hace medio siglo –aun sí, una praxis entendida en ese sentido–. En el campo más exclusivamente académico, el significante “postmaterialista” creado por Inglehart es el producto de rearticular varios discursos académicos en uno relativamente nuevo.

La labor de articulación es, sin duda, el trabajo con el que se sienten más cómodos los intelectuales atraídos por la política, a nivel óptico. Pero en cierto modo, de las distintas secciones de este artículo, esta es la que más se aleja del contenido de la obra ontológica, filosófica, psicoanalítica y retórica de Laclau. Cuando surge, como en los capítulos 7 y 8 de *La razón populista*<sup>38</sup>, es de modo *ilustrativo* y nunca inductivo o (políticamente) generativo.

Laclau, en su obra, da una centralidad absoluta a la “articulación” de demandas en una cadena equivalencial, pero no está claro si esas demandas, por

---

<sup>37</sup> Por supuesto, las demandas se expresan discursivamente; y en ese sentido, “todo es discursivo”. Pero analíticamente, conviene distinguir discursos o momentos de discursos constituidos que forman parte del juego antagónico y, a veces, subversivo, de las batallas hegemónicas, de demandas (discursivamente) expresadas o de discursos demandantes, cuyo alcance (por lo menos en su aspecto particular) suele ser mucho menor y específico.

<sup>38</sup> Y en esos dos capítulos, es realmente embarazoso ver como reaparecen –sin la menor prevención– términos que uno creía desterrados del universo académico laclauiano, de un sociologismo más que positivista: tal como “a coalition of merchants, landowners, and conservative clerics” (2005 en inglés, p. 203); “the discourse of the rural áreas did not find a proper audience in the immigrant working-class population which (...) did not have Protestant origins (p. 205); “la población del país estaba formada por un 43,7% de musulmanes, un 31,4% de serbios, un 17,3% de croatas y un 5,5% de yugoslavos” (p. 246) –más suturado y positivista que esa última frase, en términos de identidades, es difícil de encontrar; o “los grandes terratenientes” como fuente de poder (p. 243). La perla, para lectores latinoamericanos, donde regresamos a la más convencional, materialista, positivista, sociologista, determinista de clase y no discursivista ontología: “Intentaba reforzar el rol del Estado central en su oposición a las oligarquías terratenientes. El desarrollo económico, sin embargo, provocó una rápida urbanización y las expansiones de las clases medias y bajas...” (pp. 238-39).

ser rechazadas, se aglutinan “orgánicamente” (desde la experiencia basista y movimentista del rechazo) o si hay un “quién” que hace esa articulación *política*, como en Lenin. Si se trata del segundo caso, hay espectacularmente poco al respecto, en su obra central. De hecho, aparece solamente en dos lugares, menores: el rol político de George Wallace en EE. UU. en “articular identidades populares y radicalismo de derecha. Una vez que esta articulación fue lo suficientemente sólida, otras fuerzas políticas más cercanas a la corriente dominante del espectro político [los republicanos] pudieron beneficiarse de ella” (p. 173). Y con el lumpen proletariado, citando (pp. 183-184) a Stallibrass, donde escribe que “la construcción de la identidad [se hace] mediante la articulación política” (p. 186), asunto que no desarrolla (en esta línea) para internarse desde ahí en “el exceso”, la heterogeneidad y lo “no dialécticamente recuperable”. Escribir, como lo hace en la conclusión, que la construcción social es contingente y se hace vía articulación (pp. 277-78) y dejarlo (en la última línea del libro) como tarea “colectiva” es realmente esquivar la cuestión.

**VI. Puntos nodales, points de capiton y significantes-maestros: adquirir y no vaciar de sentido**

Nos quedan, para terminar, unos últimos candidatos para la lista –bastante equivalencial– de lo que es, o sería, un “significante vacío”: los términos lacanianos de *points de capiton* y significantes-maestros; y el término que construyeron Laclau y Mouffe a partir de ellos, “puntos nodales”.

Para empezar, si un término ya existe, con su uso propio y un uso que no es problemático– lo razonable es seguir utilizándolo tal cual. Eso es el caso de *points de capiton* y de significantes-maestros. Más aún, como Laclau reivindica un origen laciano para su teoría, es una razón más para conservar tal cual los términos originales (*points de capiton* y significantes-maestros), especialmente en su aporte psicoanalítico.

Ahora bien, es cierto que *points de capiton* refiere como metáfora a algo bastante arcano, y además en francés, que son esos puntos en un colchón que lo amarran en su espesor, para que no se deslice adentro el material que lo rellena. “Punto nodal”, en ese sentido, es más entendible y elegante; y desempeña mejor su trabajo semántico como término. El punto nodal está conformado por términos cuyo sentido particular “fijado” ancla, incluso retrospectivamente, el significado de todo un discurso dado.

Por cierto, “significantes-maestros”, “puntos de capiton”, “puntos nodales” y “significantes vaciados” son todos elementos particulares que, investidos

de afectos, catectados, llegan a tener un rol de aglutinación del discurso, de ancla. Pero ahí se terminan los paralelismos.

Los significantes-maestros, los puntos de capiton y los puntos nodales *dan* sentido a una formación discursiva, le dan su coherencia propia y actúan como “última referencia” de sentido –de ese modo, evitan el deslizamiento eterno. Los significantes vacíos se comportan (a nivel de significados) exactamente *al revés*. Aglutinan la cadena *vaciándose* de cualquier sentido nombrable y definible. El significante vacío es tendencialmente desprovisto de significado propio, más allá de aglutinar (concepción III), servir de bandera (concepción IV) y representar o la plenitud comunitaria ausente (concepción I) o la pura negatividad formadora –de modo oposicional– de comunidad (concepción II). Aquí tenemos el mismo problema (pero a nivel estrictamente semántico aquí) que en la anterior sección, entre hegemonía y significante vacío.

Žižek y Laclau comparten el término “punto nodal” en sus discusiones otrora dialogantes: “Según Žižek, el punto nodal (*point de capiton*), cuyo nombre genera la unidad de una formación discursiva –el objeto *petit a* de Lacan–...” (2005, p. 134). Ahí vemos que la *función* del punto nodal (*point de capiton*) es formalmente la misma que la del significante vacío: generar una unidad entre elementos diferencialmente distintos y ser investido catécticamente. Por eso actúa como objeto *petit a* de Lacan, es decir, se le otorga una importancia afectiva (y existencial) enorme, porque puede llegar a actuar como “la” cosa.

Afortunadamente, Laclau rechaza el “significante sin significados” que promueve Žižek (p. 136), pero hace del punto nodal un “significante vacío”, un significante de algo que es arduo describir en palabras (y aún más de manera concisa), pero que tiene carga afectiva, como en su ejemplo “Malboro”, que expresa lo que es “América”:

Incluso en los ejemplos que da Žižek, podemos ver esta articulación entre el contenido particular y la función universal: Malboro y Coca-Cola pueden funcionar como punto de *fijación nodal* dentro de las *imágenes* de la publicidad y, así, ser los significantes de una cierta totalización, pero aún son las entidades particulares. (p. 137, cursivas nuestras)

Más allá de este eterno juego entre lo particular y la totalización, el problema es que el ejemplo no es bueno. Malboro no está *vaciado* de su sentido particular de cigarrillo. Sino más bien, la *imagen* asociada a la marca en la publicidad trata de referir a algo mucho más grande que el cigarrillo –y que ya (por razones obvias) está investido de afecto (la imagen desplegada del

cowboy individuo norteamericano bien masculino).<sup>39</sup> Lo de Coca-Cola es un poco mejor, porque en “Coke is ‘it’”, el “it” es sumamente vago, actuando como significante vacío en su Concepción I; o sea, alude a una plenitud de goce por temporario que sea. Ahora bien, no creo que Coca-Cola articule ningún discurso (más allá de esas tres palabras); y el sentido que fija Malboro proviene en realidad de la imagen exhibida.

El propósito del punto nodal en versión lacaniana es estabilizar el lenguaje e *invertir* retrospectivamente *de sentido* varios elementos de un discurso. Pero el *vaciamiento* propio del “significante vacío” hace que éste opere *exactamente al revés* del punto nodal. Aun si, como el punto nodal, genera cierta unidad para lo que de otra manera sería centrífugo, estallado.<sup>40</sup>

Por último, esta vez en clave de la concepción IV del “significante vacío” (como “puro nombre, *ex nihilo*, performativo”), queda la frase ya citada de Laclau: “El *nombre*, como *punto nodal* altamente investido afectivamente, no *expresa* tan solo la unidad del *grupo* [concepción III] sino que se convierte en su *fundamento* [del grupo]” (2005, p. 289, cursivas nuestras). Es el significante vacío que, “casi” *ex nihilo*, nombra –lo que otorgaría sentido mediante esa acción performativa. Pero si bien el nombre puede ser *fundamento* de la *unidad del grupo* (y por eso, permeado de afectos), la palabra clave aquí es “grupo”. Un punto nodal fija *el sentido* de un discurso; un significante vacío (bien) puede ser el fundamento *del grupo*. No es lo mismo, al contrario.

La parte catéctica es, por supuesto, la misma: la de la inversión. El significante vacío (concepción IV) es una bandera que por ser al menos polisémica, si no tendencialmente vaciada de su particularismo, aglutina una cadena equivalencial dada; es el nombre providencial que aglutina. El punto nodal, muy por el contrario, es él que fija sentido que nos acerca a una sutura hegemónica (es además el punto que hemos tratado de hacer en esas dos últimas secciones). Es más, sería quizás difícil conceptualizar el punto nodal como representando lo “irrepresentable”, ausente y deseado (concepción I).

En breve, el significante vacío constituye grupos porque “no quiere decir nada”, se ha vaciado de sentido para llegar a ser bandera de lo irrepresenta-

<sup>39</sup> Además, en estricto rigor, se trata con ese ejemplo del reino de lo Imaginario, mucho más que de lo Real lacaniano.

<sup>40</sup> Quedaría la versión del “significante vacío” como representación del “límite del sistema” (1996), que terminamos descartando en la primera sección, y que solo tiene sentido a nivel de una formación discursiva, como su “exterior” (tal como visto en la concepción II, sobre pura negatividad) –pero que a esa altura tiene nada que ver con el punto nodal–.

ble, de la plenitud ausente. El punto nodal constituye discursos (acerca de la sociedad, por ejemplo, o de la revolución, o de lo que sea). La razón de esa confusión es bastante simple: es que de *Hegemonía y estrategia socialista* (donde se elabora de modo muy convincente el “punto nodal”) a *La razón populista*, de una obra a la otra, se pasa de un cierto modo del sentido o discurso (HES) al grupo a construir (particularmente “el pueblo”) (LRP), y son dos construcciones no equivalentes.

Laclau y Mouffe, por suerte, han definido muy claramente y usan de forma muy consistente el “punto nodal” en *Hegemonía y estrategia socialista*. Y lo hacen (en una óptica posmoderna) muy precisamente en línea con lo argumentado aquí:

La imposibilidad de una última fijeza de sentido implica que tiene que haber fijaciones parciales –sino, el flujo de las diferencias sería imposible (...) Aun para subvertir sentido, tiene que haber *un* sentido (...) Llamaremos los puntos discursivos privilegiados de esa fijación parcial *puntos nodales*. Laclau ha insistido en esas fijaciones parciales a través del concepto de *points de capiton*, o sea, de significantes privilegiados que fijan el sentido de una cadena signifiante. (1985, p. 112)

Y, exactamente como yo lo afirmaba en la sección anterior: “La práctica de la articulación, entonces, consiste en la construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido; y el carácter parcial de esa fijación procede de la apertura de lo social” (1985, p. 113). O: “Los puntos nodales fijan parcialmente el sentido de lo social en un sistema organizado de diferencias” (p. 135). La lucha para la hegemonía (sección anterior) es, de hecho, la lucha “entre una variedad de puntos nodales hegemónicos” (p. 139). En la política como tal, si los puntos nodales pueden servir para la victoria hegemónica, el signifiante vacío sirve para la victoria– de simple.

La única fuente de confusión al respecto en HES ocurre en el prólogo a la *segunda* edición, dieciséis años más tarde, en el cual un paralelismo formal de parte de Laclau (el mismo que reitera siempre) entre “puntos nodales” y lo que serán “significantes vacíos” en LRP engaña parcialmente sobre lo opuestos que son en relación con los *significados*: “La categoría de *point de capiton* (puntos nodales, en nuestra terminología) o signifiante-maestro implica la noción de un elemento particular asumiendo una función estructurante “universal” dentro de un cierto campo discursivo sin que la particularidad del elemento *per se* predetermine esa función” (p. XI). Sin embargo, correctamente aquí, hablan de “campos discursivos” y no de cadenas equivalenciales.

Como los dos pares-siamés anteriores, estas dos últimas secciones también, a su modo, forman un –tercer– par-siamés, pero *no* como significados de “significante vacío”, sino como términos –fundamentales y diferencialmente necesarios– puntos nodales, significantes flotantes y contendientes para la hegemonía.

\* \* \*

Este artículo osciló entre, por una parte, la rendición fehaciente de una lógica y, por otra, una amistosa crítica intelectual constructiva. En las concepciones o usos III y IV de “significantes vacíos”, tenemos un significado que no significa (sola o principalmente) lo que normalmente se entiende por su significado particular, sino algo más, que es la *expresión* (concepción III) o el *fundamento* (concepción IV) de una cadena equivalencial. Se descartan como “significante vacío” las dos últimas concepciones (V y VI) que forman nuestro tercer y último par-siamés, reconociéndoles a los términos ahí mencionados su importante carácter propio. Es decir, el punto nodal (VI) sirve, en el plano colectivo, como significante hegemónico (V) (y con fuerte inversión afectiva) en la lucha política discursiva,

Nos quedamos, entonces y al final, con dos parejas de sentido del “significante vacío”: las concepciones I y II que apuntan a lo existencial en lo humano, a la plenitud ausente, a la ausente comunidad reconciliada, al deseo, a los “nombres de Dios” y, fundamentalmente, a lo Real que queda fuera de lo simbólico, como base para el sujeto; y la segunda pareja (concepciones III y IV), en la cual el “significante vacío” juega el rol que le conocemos en la cadena equivalencial, en su cristalización y en la creación identitaria. La relación analítica entre esas dos parejas es a la vez estrecha e irresistible.

En verdad, esas seis posibles concepciones de “significante vacío” conforman un complejo y profundo “modelo” teórico, que combina lo ontológico, lo lógicamente secuencial y lo causal, con vistas a provocar (de modo militante o no) efectos políticos en nuestro mundo y cuyo atractivo intelectual y cognitivo sobrepasa por años luz la simpleza de algunas definiciones hoy en boga sobre populismo. 

## Referencias

- AIBAR, J. (2007). La miopía del procedimentalismo y la presentación populista del daño. En J. Aibar (Comp.), *Vox Populi: Populismo y democracia en América Latina* (pp. 19-53). Flacso-Mexico.

- ARDITI, B. (2010). ¿Populism is Hegemony is Politics? On Ernesto Laclau's *On Populist Reason*. *Constellations*, 17(2), 488-497.
- BERVERNAGE, B., MESTDAGH, E., RAMALHO, W. Y VERBERGT, M. G. (en prensa). Introduction: Towards a Theory of Populist Historical Reason. En B. Bervernage, E. Mestdagh, W. Ramalho y M. G. Verbergt (Comps.), *Claiming the People's Past: Populist Politics of History in the Twenty-First Century*. Cambridge University Press.
- BUTLER, J., LACLAU, E. Y ŽIŽEK, S. (2000). *Contingency, Hegemony, Universality: Contemporary Dialogues on the Left*. Verso.
- FREEDEN, M. (1996). *Ideologies and Political Theory*. Oxford University Press.
- GRAMSCI, A. (1971). *Selections from the Prison Notebooks* (trans. Q. Hoare and G. Nowell-Smith). International Publishers.
- KITUS, A. (2019). The Theory of Hegemony: Laclau's Path not Taken. *Philosophy and Social Criticism*, 46(10), 1225-1243.
- LACLAU, E. (1996). *Emancipation(s)*. Verso.
- LACLAU, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- LACLAU, E. (2006). Why Constructing a People is the Main Task of Radical Politics. *Critical Inquiry*, 32(4), 646-680.
- LACLAU, E. (2014a). *The Rhetorical Foundations of Society*. Verso.
- LACLAU, E. (2014b). Lógicas de la construcción política e identidades populares. En J. L. Coraggio y J. L. Laville (Comps.), *Reinventar la izquierda en el siglo XXI: Hacia un dialogo Norte-Sur* (pp. 253-265). Universidad Nacional General Sarmiento.
- LACLAU, E. Y MOUFFE, C. (1985). *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. Verso.
- LINDEN, F. R. (2023). How 'Empty' is the Signifier 'The People'? Impasses of the Poststructuralist Approach in Ernesto Laclau's Political Ontology. *Journal of Political Ideologies*. DOI: 10.1080/13569317.2023.2230449
- MUDDE, C. (2004). The Populist zeitgeist. *Government and Opposition* 39 (4): 541-563.
- OSTIGUY, P. (2009). Argentina's Double Political Spectrum: Party System, Political Identities, and Strategies, 1944-2007. Kellogg Instituto Working Paper 361.
- OSTIGUY, P. Y MOFFITT, B. (2021). "Who Would Identify with an 'Empty Signifier'? The Relational, Performative Approach to Populism". In P. Ostiguy, F. Panizza and B. Moffitt (Eds.), *Populism in Global Perspective: A Performative and Discursive Approach* (pp. 47-72). New York: Routledge.
- PANIZZA, F. (2005). Introduction: Populism and the Mirror of Democracy. In F. Panizza (Ed.), *Populism and the Mirror of Democracy* (pp. 1-31). Verso.
- ZICMAN DE BARROS, T. (2023). The Polysemy of an Empty Signifier: the Various Uses of Ernesto Laclau's Puzzling Concept. *Journal of Political Ideologies*. DOI: 10.1080/13569317.2023.2196513